

CR – 178 - 2011

TITULO:

CUENTOS DE VERANO A INVIERNO

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

RETRAIDO

Canciones y coplas,
Con esa gracia,
Lo dicen todo;
Mantón y peineta
Llevas por bandera,
Con una saeta
Que a ti te desespera:
Te rompe toda el Alma
A modo y manera.
En esas baldosas
Pasito a paso a paso
Me van diciendo
Esas buenas letrillas:
Que estoy queriendo.
Te estoy amando
Tanto como te quiero;
Por ti yo suspiro,
Amor tan fiero.
Aquella saeta
Rajando los Cielos,
A los cuatro vientos;
Y mientras tu pelo
Se está viendo
Entre la fila
De la procesión:
A la que quiero yo,
No sabiendo tú nada
De este mi amor.

Paso a paso voy siguiendo

Por donde tú pisas,

Paso a paso voy sembrando

Flores de halles

Con mi aliento.

Decidí decírtelo

Aquella tarde de gracia,

Al terminar la procesión

No pudiendo

Decirte nada;

Lo que te quiero.

Mi pundonor

Era mucho;

Martirio fiero.

Aquellas lágrimas

De peregrino

Eché portento,

Caín al suelo.

Menos mal

Que no me vieron

Las gentes de la procesión;

Estoy contento.

Llegó otro día,

Con el mi fuego

Metido en las entrañas,

De amante fiero.

Me estoy quemando

A fuego lento,

Por guardar el secreto

De que te quiero.

Esperé otro día
Y otro, con mi secreto;
Pero ya no podía
Estarme quieto.
Y al tercer día
Salí a tu paso;
Para ver si podía
Decirte a solas
Lo que te quiero.
Pero a solas no dije
La palabra deseada,
Ya que siempre me cortaba
Frente a su misma persona;
Por ser su persona amada
La que a mí me provocaba
Ese afecto de retención,
De vergüenza y aunque obstinada
Por decirla mi persona
Lo mucho que yo la amaba.
Frente a frente no podía
Decirla ni hablarla
De quererles en el Mundo
Por que yo no atinaba
A decirla lo que la quería,
Con mi boca y con mi Alma.
Dejé que se fuese ella
A su destino, a su casa,
Sin haberla dicho nada:
De mi boca no salía
Palabra alguna deseada.

Me retorció y me moría
De pena por no hablarla,
Lo mucho que la quiero
Y lo mucho deseada
Que estaba mi persona;
Por su persona amada.
Hicieron fríos de invierno,
Llovió torrentes en los años
Que yo me debatía
Entre ese fuego por dentro
Que llevaba en mi cuerpo,
Al no poderla decir
Lo mucho que yo la quiero.
Llevaba fuego a mares,
Saltaba sierras y montes
Con mis ojos saltones
Por comerme las entrañas
Al callarme que la quiero.
¡OH!; cuando la vi pasear
con otro hombre en la plaza,
aunque iba a medio metro
de aquel caballero.
¡OH!, mi muerte mi Alma;
me sentí que moría
aquel día en la plaza.
Le hacía frente la diva
En todo lo que deseaba
Aquel hombre tan discreto,
Que a nadie le importaba
Fuese con esa chica;

O acaso fuese solo en la plaza.

Yo me quedé con mi pena

De bien despachado;

Pues mi Alma se condena

Cada vez que lo recuerdo,

Lo que pasó en la plaza

Aquel día de fiesta

Cuando la vi acompañada

A mi chica de mi Alma

Acompañada de un hombre;

Por un hombre en la plaza.

Poco a poco me fui reponiendo

De aquel susto que tuve,

Poco a poco me contuve

De aquel amor que ardiendo

Estaba metido en mi cuerpo:

Como ascua me quemaba

Todo mi ser por dentro.

Me quemaba, me quemaba;

Ardía en llama viva,

Mi ser con furor decía:

Que por ella se moría.

Paseaba solitario

Sin ninguna compañía

De gentes que me hiciesen hueco

En mi triste agonía.

Paseaba por el campo;

Para que nadie me viese

Lo triste que yo estaba

Y las ganas de llorar

Cuando pensaba en ella,
Que hasta pena daba ya.
Me subía a la sierra,
Por rocas y resbaladeros;
Me metía por caminos
En el campo medio muerto
De rabia y cólera viva
Al comprender, por supuesto,
Que la chica no me quería.
¡Qué bonita era la vida!,
para aquel que era su dueño;
pero para mí que la quería
era triste esa vida,
por no saberla decir:
que yo con fuerza la quiero.
Bajaba de aquellas rocas,
Seguía la senda por el campo
Hasta dar con el pueblo;
Y ya en la primera calle
Me secaba yo las lágrimas
Con sigilo al instante,
Para que no se me notase
Que había llorado antes.
Pensaba en esa chica,
Con ese chico delante;
Pensaba que la quería
Como a nadie,
Como a nadie:
Como no la han querido nunca,
Ni nunca la querrán con este Arte.

Arte de gloria y porfía
Como yo expreso al Mundo
su cariño importante
para mi vida y mi persona,
pero delante su persona
no soy capaz de expresarme.
Me estoy quedando como una pavesa
De delgado que está mi cuerpo,
Que para verme pasar las gentes
Tenían que mirarme dos veces.
Mis órganos se resentían
De lo débiles que se encontraban,
Mis sentidos me decían:
Que la vas a liar con ansias.
No tenía ganas comer,
No vivía, no quería
Ni por lo menos salir
A la calle que me vieran;
Que me vieran a mí así.
Lánguido y mustio estaba,
Yo en aquel día;
Cuando vi a mi chica pasear
Otra vez con ese chico,
Alegrándose por entero
De que estaba el allí.
Ese chico la enamoraba,
La enamoraba que sí;
Con fe e ilusión prendada
Estaba ella de el
Y el se hacía el importante

Llevándola como un trofeo.
Ella se veía contenta,
El haciéndose el remolón;
Como si con el no fuese nada
Que le dijese su amor.
Pensé que yo la llevaría
Como paño en flor;
La haría caso en la vida
Más que a mí mismo,
¡Por Dios!
Mientras tanto mi persona
Se moría sin remisión,
Por ella moría yo.
Qué cadencia de esta vida
La que llevo alrededor
De mi persona marchita:
Sin rumbo ni dirección.
¿Cuándo tuve yo alegría?:
no me acuerdo yo, señor;
si toda mi vida es pena,
sufrimiento que me dio
una chica que a mi vera
no la tengo yo.
Trigueña, junco de seda
Cuan ave surcando el Cielo
La veo con otro, señor.
Yo quiero que esa paloma
Venga a mi vera en pos
De mi grata compañía
Un día con buen amor.

Todos los días me prometía
De hablar bellas palabras;
Decirla que la quería
Y al momento yo callaba.
Enmudecía todos los días,
Cuando a mi vera pasaba
Esa chica de mis sueños,
De mi vida y de mi Alma.
Trabajo fuerte y con ganas,
Soy simpático y atrevido;
Pero tratando de esa chica
Se me rompe toda el Alma.
Tengo amigos y conocidos,
Tengo dicha en la vida,
Tengo una economía
Boyante y con ella me apaño;
Pero lo que no tengo es ese pronto
Para decirla con ganas,
Algo que a mí me salga
De las entrañas mi cuerpo.
Supe que se apuntó,
Se apuntó a una excursión;
Yo corrí para apuntarme
A la misma excursión
Para ver si hablábamos
Con agrado entre los dos.
Era día soleado
Cuando el autobús arrancó
Llevándonos a ese paisaje
De sueño y redención

Para mi Alma deshecha,
Deshecha por ese amor.
Los asientos separados;
Pero con la vista no la perdía
De mirarla todo el trayecto,
Aunque una hora estuvimos
Dentro del autobús
No la perdía de vista,
No la perdía; que no:
Pero cuando bajó
Del autobús esa chica
De mi lado ella marchó,
Yéndose con una amiga
Que del brazo se colgó,
Ya eran dos escollos
Que se me presentaban, de dos;
Como pares en mi vida.
Se me ponía zancadillas
Para que no pudiese hablarla
Aunque fuese del tiempo,
Del tiempo que hacía
En aquel día.
Vi abierto todo el Cielo
Cuando de ella se separó
Su amiga del Alma querida;
Pues esperaba esta ocasión.
Ocasión Divina en la vida
Que me brindaba hablarla,
Por primera vez en mi historia
A esa chica del Alma.

Me arrimé sigilosamente,
Esperando un sí o un no;
Me arrimé a ella temblando,
Temblando sólo de amor.
- Con un buen día que hace -,
La hablé directo yo;
Ella atenta me escuchó
Afirmando la respuesta,
De que el día era superior.
No terminó bien la frase
Cuando de mí se apartó,
Yéndose con su amiga;
Con ese gesto me quedó
Como quién ve visiones:
Lánguido y sin amor.
Las vi que cuchicheaban
Entre ellas dos;
Algo se estaban diciendo,
Mirándome sin temor.
¿Qué hacía en ese caso;
qué hacía yo, señor?:
si mi respuesta era muda
por más que intentase yo
hablarla alguna palabra,
palabra tierna de amor.
si mi boca no se abría
y mi pobre articulación
no decía ninguna palabra
que la desvelase el sueño,
entre ella y mi persona;

no decía nada, no.
Era firma en esta historia
Mi poca fraseología;
No podía hablarla a ella
Dos palabras tan seguida:
Como no fuese que el tiempo
Estaba siendo de primores.
Por lo menos la había hablado
Algo bueno de aquel tiempo,
De aquel día que hacía
Soleado por completo.
¿A qué palo me arrimaba?,
si sombra no me cobijaba;
¿A qué árbol yo llegaba?,
para no tostar mi Alma.
Estaba cayendo malo
De la tristeza metida
En todo mi ser, mi Alma.
Estaba cayendo malo
Por no atreverme a nada,
Ni siquiera a una palabra;
A decirla la quería,
La quería con toda mi Alma.
Me sentí mal
Y moría
Por el amor de esa chica;
Me sentí que fallecía,
Sin remedio ni potingues
Que me diese a mí la vida.
Ni apetito yo tenía,

Por el mucho sufrimiento
Que padecía en aquellos días;
 Cuando pensaba en ella
 Y ella con otro salía.
Pensé de pronto en algo,
De que me viese en compañía
 De otra chica esa niña
 Y avisando a mi prima
Me fui con ella a la plaza
Un Domingo por la mañana
Para pasearla en su entorno,
Viéndome la chica mi Alma.
Pues créanme que se puso,
Se puso un poco obligada;
 No presentaba la forma
Que ella siempre presentaba.
 Se veía como aturdida,
 Un poco acorralada;
Y hasta tropezando en las baldosas,
 En las baldosas la plaza.
¡Vaya!, ¡vaya!, vaya con qué ganas
 la quería ver así;
 con ese aturdimiento,
de gestos torpes sin bonanzas.
 Ahora sí que la amaba;
Que había surtido efectos
 Aquellas buenas miradas
Que yo con sigilo la echaba.
 Ella veía mi mirada,
Pura y limpia que la echaba;

Ella veía que la miraba
Con esa mirada limpia
Que un hombre a su amada
Echa con cariño,
Con cariño de su Alma.
Por eso estaba prendada
de mi persona que la llamaba
a su persona querida,
siendo grata su persona
para la mía encontrada
con el cariño platónico
de un hombre a su amada.
Veía que iba sola
Con la amiga del Alma,
Veía que ese chico
No la acompañaba.
Mi mirada, mi mirada
La decía muchas cosas
Que yo con la boca no podía
Decirla a ella nada.
Me reconcomía por dentro
Ese gusanillo que entra
Cuando un enamorado
Tiene dudas de su amada:
¿Si le querrá o no le querrá?;
Dios sabe lo que pasa.
Me debatía en dudas,
Me consumía por dentro
Al no saber si me quería
Esa chica que era mi suerte,

Mi devoción y mi vida.
Y mientras tanto en la cama
 Caí sin darme cuenta,
 Por el agobio mi Alma
 Al pensar yo en ella.
En que me quería o no me quería,
En que no me quería para nada;
 Pensaba con duda infinita,
 Pensaba con fuerza apocada
 De que su amor no era mío,
 De que tal vez era para otro,
 Otro hombre la cortejaba.
 Caí en la cama postrado
Sin fuerzas para levantarme,
Pero cual no fue mi asombro
 Que al recibir un mensaje
 De ella un día gris oscuro,
 Me levanté sin pensarlo.
 Un amigo me visitó,
Me dijo que había preguntado por mí
 La chica de mis añoranzas;
 Por tan sólo haber hablado
 Del tiempo una mañana
 De excursión al campo:
 Con tan solo eso
 Me confortó el Alma.
Tenía hincapié para hablarla,
 Para decirla y pararla
 En la calle a la chica,
Saliendo de mí unas gracias

Que con voz débil me salieron,
Oyéndome ella a mí
Un murmullo de mi cuerpo
Sin responder prosiguió
Su camino donde iba;
Pero yo no podía dejar
Pasar esa ocasión,
Pensando al momento,
Qué más vale
Maña sin fuerza,
Que fuerza sin ninguna maña.
Me dejé caer al suelo,
Exclamando unos halles,
Con voz temblorosa,
Al tiempo que la miraba.
Ella al verme así,
En esta triste situación
Se fue hacia atrás, hacia a mí
Para cogerme de los hombros
Y levantarme con ansias.
¡Gracias, gracias, gracias!;
yo a ella la daba,
con tal euforia en mi Alma,
que todas las personas cercanas
me miraban asustadas.
Parecía que me pasaba
Algo malo, por supuesto,
No sabiendo que esas gracias,
Las que yo con alegría la daba
A la chica de mis sueños;

Al ser más adorada que estaba
Delante de mi persona
Y mi persona callaba
Lo mucho que la quería
Por ser retraído y sin sustancia.

- ¿Me decía usted algo?
- Gracias la daba señorita,
gracias la daba dos veces;
la primera por preguntar
por mi humilde persona
cuando estaba derrumbada
con mi mala enfermedad,
tumbado yo en la cama.
La segunda gracia ha sido
Por ayudarme en la calle
A levantarme tumbado,
Todo lo largo me encontraba.

Mientras la hablaba
La miraba a la cara
Fijo en esos ojos,
Relucientes como rayos
Y relampagueantes
Como Centellas.
Aquellos ojos me hablaban,
Me decían algo de ensueño;
O tal vez eran los míos
Los que la trasmitían
Un algo de dicha con ellos.

Su cara feliz y rosada,
De colores purpurina;
Su sonrisa angelical
Clavándose en mí estaba.

- Veo que usted ya está bien;
de modo que salgo presta
a mi destino contenta
por ver se ha recuperado
de su caída siniestra.

Me quedó con medio palmo
De cara triste en la calle,
Me quedó sin poder darla
De buenas ganas las gracias.
Pero con todo y eso miraba,
Miraba de vez en cuando
Para atrás con deseos
De verme recuperado,
Trasmitiendo en su mirada
Esa conformidad
Que transmite una amada
Persona que se hace querer
Y se ve querida con ansias.
Por lo menos había logrado
Hablarla sin penas ni trabas;
Mis nervios tenía acoplados
Aquella triste mañana.
Los días pasé contento
Al saber que yo la hablaba;

Por lo menos yo podía
Hablarla de frente a la cara.
La buscaba, la buscaba
Por plazas, calles y barrios
Sin yo saber encontrarla;
Hasta que por fin un día
La vi otra vez acompañada
Por el mismo chico de siempre,
Marchando feliz a su lado
Sin ninguna acechanza.
Otra vez yo me quedé
Mustio, lánguido y sin ganas
De vivir en éste Mundo
Miserable ante nada.
Pasé, yo pasé
Por la puerta de la Iglesia
Y en éste templo me colé
Arrodillándome ante la imagen
De la Virgen Sagrada,
Y casi seguido fue mi rezo
Que se convirtió en plegaria.
Delante de aquella imagen;
Aquella imagen Sagrada.
Me daba golpes de pecho,
Sin poderme controlar;
Me hacía daño por supuesto
En todo el centro, el centro.
No sabía lo que hacía
Ni lo que decir siquiera:
La había visto a la niña

Otra vez acompañada
Por el mismo hombre de siempre,
Y siempre yo me moría.
¡Vaya!, ¡vaya!; que te vaya
esa gracia en ella metida,
con ese garbo excelente
que tenía esa chica.

Pero me hacía sufrir de manera
Que me costaba la vida;
Me debatía entre el querer
O no querer yo a esa chica;
Pero siempre la quería.
Me debatía entre ser
O no ser persistente,
Me debatía en querer
A esa chica en el presente.
Pero siempre la quería
Cuando pensaba en ella;
La quería con más ganas,
Con las misma fuerzas de siempre.

¡Qué ganas yo tenía!,
que me quisiera esa chica;
me diese su cariño grato,
fuese conmigo paciente.
Pero la chica no quería
Enterarse de nada;
Si estaba con el otro
Por lo menos bien colada.
No sabía, no sabía
Cómo conquistarla;

No me daba indulgencia,
Ni cuartelillo a mi vida.
Yo todos los días salía
Para ver si la veía
Por las calles cerca su casa
Y ella presencia no hacía,
En esas calles cercanas
A su casa en compañía.
¡Aleluya!, ¡Aleluya!;
pues un día la veía
en compañía de una chica,
haciendo guardia a esa chica
a la vuelta de porfía.
Me puse de frente a ella
Reteniéndola el paso,
Me adelanté un metro
Hasta estar a su lado.

- ¿Qué desea usted, caballero?.

- Perdone, señorita;
pero mi curiosidad
me ha podido
y vengo a preguntarla
por esa chica.

- Es mi amiga entrañable.

- ¿Y ese chico . . . ?.

- Su primo, que la acompaña;
ya que usted no sabe,
o no puede hablarla.

- Diga, diga?.

- Como veía que la miraba
sin acercarse a ella;
decidió ser acompañada
por su primo, muy querido.

Saltaba alegre en la calle
Al escuchar esas cosas,
Y sin apenas despedirme
Corriendo me fui a mi casa.
Alegre como unas castañuelas
En mi casa me encontraba;
No podía estarme quieto,
Ni siquiera escuchaba.
Deseaba, deseaba
Viniese el siguiente día
Para salir a la calle
Y en ella yo la buscaría.
Hasta que la vi con su amiga
Venir derecha a mí
Y cuando estaba a mi altura
Se paró para decir:

-. No crea usted a mi amiga,
ni una palabra, ni nada;
pues ese chico es mi acompañante
y yo le acojo con ganas.

No me arredré aquella vez,
Que me salió decir
Lo mucho que la quería

Y estaba de ella prendado.
Surtió efecto al momento,
Pues al momento se veía
La cambiaba la cara;
Me miraba con esos ojos
Dulces y llenos de agua.
Me cogió de una mano
Apretándomela, apretándomela
Como en señal de afecto
Que me hacía con su persona,
Y su persona estaba por la mía prendada.

AMOR DE MADRE

Era un día frío y negro
Cuando yo como una loca
Estaba buscando a mi hijo
Por las calles de aquel pueblo
Empapada y hambrienta
No desistía en buscarle;
Me habían dicho que allí
Se encontraba mi primogénito.
Mis dudas tuve al respecto
Si le conocería o no;
Pues con su abuela al momento
Le quedé yo,
Cuando vi que no podía
Criarle con devoción.

Vi llegar a un joven
Directo a mí, por Dios;
Con paso firme y suave,
Majestuoso del todo.
Facciones: ¿Sí o no?;
Quién sabe si era ese
Mi hijo del corazón,
Si yo dejé un bebé
Y ahora un hombre del todo
Se venía hacia mí,
Sin saber si era el;
Mi hijo del corazón.
Le dejé pasar sin llamarle,
No le interrumpí su paso;
Le miraba, ni me miró
Solamente buenas tardes
Se dejó caer el señor.
Me quedó con mi pesar
De saber si era el
Mi hijo querido,
Me quedé sin yo hablar
Palabra alguna querida.
Al momento vi llegar
Otro chico por la acera;
Todo alto y garbo fuerte,
Con andares excelentes.
Otra vez yo tuve dudas
Infinitas por supuesto,
De si era o no era
Ese chico mi retoño.

Llevaba tiempo sin verle:
¿Cómo le iba a conocer?,
si todos los chicos me eran
iguales todos ellos: ¡Vamos a ver!

Mi pesar y mi tormento,
Eran para mí los chicos
Ya que estaba viéndolos
Por iguales y derecho.
Uno de ellos sería mi niño;
Mi niño de mis entrañas,
Por uno de ellos padecí dolores

En todo mi cuerpo
Por dentro
Y sudores de agobios,
Con esperanzas maternas.
¿Cuál de ellos sería
Mi niño de mis entrañas?;
Si todos me parecían
Iguales unos a otros.
¿Es que a mí
Nadie me conocía?:
Puede decirse que sí

Me habían olvidado enseguida.
Si era yo una chavala
Cundo del pueblo salí
A buscar en otros lugares
Sustento para mi vida.
Era yo todavía una niña
Cuando salí a buscar
Suerte en otras tierras,

Que me proporcionasen
El bienestar enseguida;
Pues en ese lugar
En que estaba no comía,
Ni podía comer mi niño
Si hubiese permanecido quieta,
Sin buscar en otros lugares
Ese trabajo que alivia
A la persona su cuerpo
Del hambre y las desdichas.
¿Cuál sería mi niño,
de aquellos que había visto
salir aquel día?:
¿Cuál sería, cual sería?:
si todos me parecían
que era mi niño querido,
que dejé yo un día
con su abuela querida.
Era un día de tormento,
Cuando yo me alejaba
De la criatura mis entrañas;
Muerta de hambre y de pena
Hallen de otros lugares
Que me fueran más propicios
A mi suerte deseada.
Era un día oscuro y negro
En el que yo me alejaba
Sin saber qué me pasaba.
Por las calles deambulaba,
De un sitio a otro,

Pues a mi niño yo buscaba.
Iba como una loca;
Por eso no me hacían caso
Nadie al que preguntaba.
Andaba tropezando y cayendo
De lo nerviosa que estaba,
Sin saber a dónde ir,
Ni qué remedio encontraba.
Una persona mayor encontré
A la que reconocí
Y ella también a mí.
Nos saludamos acorde,
Con una buena añoranza;
Diciéndome me llevaría
A mi hijo de mi Alma.
Yo no estaba muy segura;
Yo no estaba segura de nada,
Pues el camino elegido
Era algo tenebroso:
Era a dónde no se hablaba.
Me señaló a una lápida
Y al momento yo callaba;
Se me humedecieron los ojos
No pudiendo ver yo nada.
Rezando estaba delante,
Delante de aquella lápida;
Pensando si le hubiese cuidado
Tal vez no se encontrase allí
Ese hijo de mi Alma.
Me limpié yo las lágrimas

Y cuando los tuve secos
Los ojos vi qué pasaba:
 No se llamaba así
El hijo de mis entrañas.
 Ni siquiera coincidía
 Los apellidos le di
 Yo en aquel día
 Que a la pila bautismal
Le llevé del brazo cogido.
Aquella señora se confundía
Con otra señora que había
 En aquellos tiempos
 Que andaba
El hambre por todas las casas.
 Salí de allí que no veía,
 Sin ganas de nada;
 Tan solo buscaba
 A mi hijo en el pueblo
Sin saber a dónde estaba.
 Hasta tuve la acechanza
De pensar en algo innoble
 Para mi persona amada:
 Si acaso ya mi hijo
 No quisiera saber nada
 De su madre biológica;
Ni tan siquiera se preguntase
 Si estaba ya en la tierra.
¿Qué hago, Señor, qué hago;
si sigo o no buscando?:
 Lo mejor será hacerlo

Por infinidad de calles.
Preguntaba yo a las gentes,
Iba y venía buscando
Por todas las partes
A ese hijo que alumbré
Dejándole con su abuela
En tiempos inmemoriales.
Así no podía ser
Le encontrase yo, le encontrase,
Porque faltaba su abuela
Y faltaban todas las gentes
Que yo antaño conociese.
No me recordaba nadie,
O mejor dicho que sí;
Me recordó una señora
Que era vecina de mi calle,
Aunque yo vivía en otra
Más retirada y aparte.
Me habló aquella señora
De mi hijo buenamente,
Me dijo que era mayor;
Que era un chico imponente.
Me dio su dirección
Y a poco estaba en ella,
Vi que era mi perdición
Ir donde era aquella
Dirección que me daba
La señora que me conoció.
Cuando iba a buscarle
A mi hijo de mi Alma,

Un hombre me invitó
A seguirle hacia adelante.
Y hasta me invitó a pasar
A su casa que era grande,
Un caserón me indicaba
Aquel hombre que entrase.
Primero tuve recelos,
Más tarde me hice la importante
Al no querer saber de el
Nada de lo que dijo antes.

-. Por favor: Pase usted, se lo ruego.

Y con aquel ruego me hizo,
Me indicaba que entrase
En aquel caserón enorme,
Que hasta palacio parecía;
Con gestos me lo pedía.
Con gestos yo le hacía
Que se estuviese quieto;
Ya que no le conocía,
Ni quien era yo sabía.
Muchos menos sabía
Quien era aquel hombre
Que con amabilidad
Me invitaba pasar a su casa.
Pero al poco tiempo lo sabía,
Cuando sentado en el sofá;
Me dijo quien era el
Con muchas amabilidad.

- Soy su hijo del Alma.

Me quedé y no quedé
Con mis conocimientos completos;
Me quedé y no quedé
En éste Mundo por entero.
La vista me daba vueltas,
El sentido se ofuscaba;
No percibía las cosas
Reales que allí estaban.
Le miraba, le miraba
Y hasta le sacaba parecido
De su abuelo yo con ansias.
Poco a poco me tranquilicé
Sintiéndome más calmada
Cuando delante mi hijo
Mi persona, ella, estaba.
Mi hijo habló al momento
Y por su boca echaba
Palabras de desaliento
Para mí, que le escuchaba.
Me decía que era bien
Me hubiese conocido;
Pero que si yo le necesitaba
Me ayudaría en todo,
Sin esperar otro aliento
De cariño que no me daba.
Presentía me fuese a decir
Con palabras aquello:

No esperaba nada de el
Mas que el conocerle de ganas.
Me quise levantar y me dijo,
Que tenía que presentarme
A su familia que estaba
Esperándome en una habitación
Aparte; ella esperaba.
¿Quién ha dicho ya que no,
una madre no aguanta?,
esas embestidas, ¡por Dios!;
si es madre a todas horas.
Aguanté yo el turbión
De su familia en su casa
Pues me miraban, miraban
Con cara dura
A los ojos y a la cara.
Me miraban como diciendo:
Una vez te hemos conocido,
Vete pronto, que aquí no pasas.
Mi hijo me echó una mano
Al decir que me quedara;
Por lo menos unos días
Para ver lo que pasaba.
A el le tiraba
Las fibras del corazón,
A ese hijo de mi Alma.
Yo de momento cacé
La indirecta que me echaba:
Si era hijo; ¿qué iba hacer?,
A su madre amparaba.

Mi nuera bien se expresaba:
Que la hacía mucha falta
Una sirvienta en la casa.
Mi hijo la echó una mirada
De no estar conforme con ella;
De cómo a mí me trataba.
Pero yo me quedé en la casa,
Al lado de mi hijo
Me quedé y no lo esperaba;
Pues hasta mis nietos decían:
Esa señora, ¿qué pasa?.
Aquí no pasaba nada,
Que no fuese una plegaria
Que yo elevaba al Cielo
Para que Él me iluminara.
Viese claro como era
Llevar a mi hijo del Alma;
Y también a mis nietos,
A mi nuera en su casa.
¡Vaya que si trabajaba!;
En la casa de mi hijo,
Trabajaba de criada.
Mis nietos querían les comprasen
Juguetes para sus juegos,
Y hasta mi hijo me daba
De vez en cuando un dinero
Que con ellos me gastaba.
Me pisaban lo fregado,
Mis nietos con sus juegos,
Mi nuera a mí me mandaba

Infinidad de quehaceres;
Pero yo siempre los cumplía
Sin una palabra mal dada.
Pero a poco fueron doblegando:
Hijo, nuera, nietos que yo amaba;
Vieron ese camino recto
Del que los aprecia con ganas.
Mis cuidados, mis desvelos;
Poco a poco fueron minando
El carácter de mis dueños.
Aquellos chavales jóvenes,
Mis nietos buenos
Y por supuesto,
Me fueron, también, queriendo.
Algunos, ya, me llamaban
Abuela a voces pura,
Otros me miraban
Con esa gran duda,
Del que mira y no cree
Fuese su abuela segura.
Pero poco a poco lo reconocían,
Que fuese la madre de su padre,
Aunque no me hayan visto nunca.
Ya me trataba mejor
Ese nieto rezagado;
Al ver en mí a su abuela,
Su abuela segura del Alma.
Uno y otro, cada día
Me proliferaba en quehaceres
Dándolos cariño enseguida,

Con oraciones y preces.
Mis niños, ya me decían
Abuela por todo lo alto;
Mis niños, ya, me querían
Con respeto y agrado.
¿Pero y mi hijo,
me quería?:
Tal vez el me quería
A su modo y manera;
Tal vez el hallaría
El camino deseado.
Ese camino lo encontró
Cuando un mal día
Se salió de la carretera
Y a su lado yo me hallaría
En aquel Hospital enorme
Donde postrado estaría.
Estuvo algunos días
Postrado en su cama
Curándose las heridas
En la carretera sufridas.
Su mujer no podía estar
Al pie de aquella cama,
Donde mi hijo, ni hablar,
Con mis cuidados se reponía.
Me encontraba yo dormida,
Al cabo de tanto tiempo
Velándole sus heridas;
Cuando sentí que de la mano
Con sentido me cogían.

Abrir los ojos para ver
Quién era aquella persona
Que me cogía con cuidado
De la mano aquel día.
Vi que era mi hijo,
El que con cuidado me cogía
De la mano como diciéndome:
Madre de mi Alma querida.
Conquisté a mi familia
Con paciencia y bondad,
No diciendo una palabra
Que los pudiese enfadar.
Formábamos un todo homogéneo,
Un conjunto de fraternidad;
Formando en sí una piña
Como familia ideal.

RELACIONES

Vivía entre las gentes mi barrio;
Vivía, que no es igual
Juntarme con ellos
Para ser su amigo ideal.
Vivía como solitario;
Si decía adiós al pasar
Por las gentes de mi barrio
Que era en sí especial.
Ese barrio tan bonito

Y como ideal;
Por tener unas calles
Atractivas para amar.
Lo tenía todo a mi favor:
Barrio, gentes y su amor;
Yo veía que esas gentes
Me admitían con fervor.
Pero yo me aferraba
a mi completa soledad,
sin haberme hecho nada
las personas que allí están:
En mi barrio tan bonito,
Tan bello y con fraternidad.
En poco tiempo me vi
Solo por cabezonería;
Pero cuando yo asistía
Algún evento me hablaban
Las gentes de mi barrio,
El barrio que yo quería.
Un día hubo un acto
En una plaza impar;
Asistí por asistir
A ese acto ideal,
Como era una fiesta
que en esa plaza se da.
Me quedé sorprendido
Cuando una chica me hablaba;
De que era una fiesta,
Una fiesta ideal.
Siguió hablándome la chica

De algo que se los había pasado:

Poner unas banderitas
Con guirnaldas enramadas.
No sabía qué decirla,
Ni siquiera cómo hablarla;
Hasta que abrí la boca,
Pues trabajo me costaba
Decirla a ella algo
Y algo la dije de más.
La dije, que llevaba razón
Y ahí quedó mi bondad,
Sin término para que la gloria
Me recordara ya
Como hombre expresivo,
Con afecto y fraternidad.
No me despedí de ella,
Ni la pedí su teléfono;
Estaba nervioso por fuera,
Queriendo marcharme de allí.
Me marché sin ninguna pena
Por no saber comprender
Que aquella chica, bien, era
La musa de mi querer.
Esa Estrella me guía
Por pasos firmes en la Tierra;
Queriéndome ver
Cerca, muy cerca de ella.
No sentía yo agobio,
Tan siquiera esa pena
Del que no vuelve a ver

A su chica en la feria.
No sentía nada por ser
Ese hombre que se aqueja
De su poca simpatía
Para con las chicas bellas.
Lo daba, ya, por perdida
Toda la esperanza
Que tenía consentida
Entre la chica esa
Y mi persona decía:
Quiero verla, quiero verla.
Verla; no sé si la vería,
Pero yo andaba por ella:
Por una calle me metía
Y por otra calle salía,
Sin lograr yo verla.
Un día que no creía
Fuese yo a verla;
La vi entrar en Misa,
Sola con rosario en mano.
No creía, no creía
Me fuese hablar al salir
De aquella Iglesia de Dios;
Pero me dio los buenos días
Alejándose de mí,
Poniendo interés en su Alma,
Para mirar hacia atrás
Como diciéndome a mí:
Sígueme y ya verás.
No tenía yo valentía

Para dar ese paso,
Como se tiene que dar;
Por eso me quedé parado
En la acera sin hablar.
Maldije mi Estrella dorada,
Me hundí yo en la agonía;
Cuando solo comprendí,
Que era a mí a quien quería.
A quien quería esa chica,
Y yo en sí no podía
Valerme por mí;
Pues palabra no me salía.
No esperé o esperó,
Mucho tiempo para hablarme;
Pues un día que después
De la Misa Mayor,
Salió que no veía
Detrás de mí, sí señor,
Para pararme en la vía
Abordando la cuestión
De aquel tiempo que hacía.
Tomó la conversación
Como si ya me conociera
Y tanto fue que llegó
A invitarme que lo hiciera
Esa misma conversación,
Que a mí no me salía.
Pero me salió, me salió
De dentro del corazón
Esa misma conversación

Que llevábamos los dos
En la acera nuestra vida.
Hasta me atreví a desviar
Esa misma conversación
Preguntándola por su nombre
Y hasta por su razón social,
Al decirme que quería
De buenas ganas estudiar
Maestra para enseñar
A los chicos de porfia.
Yo que lo había estudiado
La dije con mucho atino,
Que en éste Mundo tan fino
Enseñar es lo mejor
Materias que hayas estudiado;
Si se sabe pedagogía.
Me miró y se rió
Aquella chica hermosa,
Me miró y comprendió
Que por ahí andaba la cosa.
Me llevaba la conversación
Como si yo fuese un niño;
Ella fue la que provocó
Hablaste yo con más tino.
Al final, ella, me pidió
El teléfono deseado
Para llamarme algún día,
Cuando ella fuese a salir
Paseando por el barrio.
Vaya, si era admiración,

Lo que aquella chica tenía
Por mi persona y corazón,
Que no se privaba la diva
De pedirme con razón
El teléfono un día.
Me quedé que no veía;
Su pelo, su cara y su tipo
Aunque delante de mí estaba
Aquella bella chica.
Con dos saltos y un tropezón
Me fui yo a mi casa,
Pegando saltos de ardor
Conseguí yo su amor
De aquella graciosa chica.
Aquella noche no pude
Dormir como quería;
Pues pensaba en mi amor
A todas las horas del día.
Esa cara angelical
A todas horas veía,
Por todos los sitios que fuese
Y en todas las cosas que hacía.
Hasta el punto que me encontré
Con mi chica en compañía,
En la acera al retorcer
Aquella calle que había
Amplia en nuestro barrio
Y no la reconocía;
Por pensar siempre en ella,
Creí fuesen mis mismos pensamientos

Que llevaba en la cabeza,
Metidos sin compañía.
No me di cuenta
Que era real la forma;
Que estaba delante
De la chica de mis sueños.
Se dio cuenta la importante
De que yo iba con mi sueño:
Pensando en ella al instante
Que nos cruzamos por eso.
Me paró y me paré;
Mi mente volvió a su cordura,
Me saludó y la saludé
Con un afecto y ternura,
Que no era parangón en la historia
De la persona madura.
Me saludó con afecto;
Me besó y la besé
En el carillo dorado,
Esa flor que en su cara
Lleva puesta como fe.
Seguimos andando juntos
Por aquella calle mayor,
Seguimos hablando en punto
Que yo la hablé de querer.
Me escuchaba con interés
De una chica enamorada,
Enamorada y fiel
A su chico que la habla;
Que la habla de querer.

Nos cogimos de la mano
Sin nosotros saber
Lo que hacíamos al tiempo
Que un sí se oyó
A lo que yo la proponía,
Que fue mi salvación.
La dije: Que si me quería
Y ella con fe respondió,
Que sí con todas sus fuerzas;
Con ese sí me mandó
La promesa del cariño
Como manda la ocasión.
Seguimos andando en la acera;
Pasito a paso imponente,
Seguimos como enamorados
Con nuestra mente inocente.
Ella no me hablaba de amor;
Yo la decía muchas cosas,
Sin parar y sin remisión
Me salió la palabra amor.
La dije que la quería,
Que mi persona estaba por ella
Y ella a mí me oía
Con esa cara tan bella.
No habló de querer,
No habló nada de amor;
Pero mi sorpresa fue
Cuando la mano me cogió.
Y así cogidos, muy juntos,
Fuimos al Altar Mayor

Para darnos ese sí
Que sale del corazón.

MÁS PARA ALLÁ DE LA MUERTE

Mira si te juro yo,
Te he de querer mientras viva
Y después de la muerte también
Yo a ti te querré.
Te fuiste en la flor de la vida,
Quedándome a mí viuda;
Te fuiste llevándote tu cuerpo
Hace años y con locura
Todavía te quiero yo;
Te lo juro delante de esta lápida
Que separa tu panteón
De mi persona querida.
No querré nunca a nadie
Como a ti te quise yo;
No querré a otro hombre
Ni le tendré devoción.
Delante de esta cruz lo digo;
Por los clavos de Cristo,
Te digo que te querré
Más que cuando estabas vivo.
Tus hijos a ti no te olvidan,
Ni nunca te olvidaré yo;

Siempre te tendré en la memoria
Con nobleza y resignación.
¿Qué hago, aquí, en la Tierra,
qué hago aquí, Señor?;
si yo no quiero vivir
y vivo muerta de amor.
Para eso adquiriré
Un completo consolador
Donde me refugio sola
Pensando en mi amor allí,
Donde yo me consolaba
Alejando a los hombres
De mi pensamiento febril.
Sola yo estaba
En éste Mundo Divino
Donde el Hacedor
Hizo las cosas
Más bonitas y preciosas,
Con ese toque altivo.
Altivas eran las cosas
Para esta pobre mujer,
Altivo era el destino
Que yo debía escoger.
Llegaba al Cementerio
Todos los días por la tarde,
Para hablar con mi hombre
Lo que haré más tarde.
Le pedía parecer,
Le hablaba sin yo saber,
Que inerte estaba su cuerpo

Y no me podía entender;
Ni siquiera escucharme,
Contra más hablarme después.

Salía que no veía
Todas las tardes de allí;
De aquel Cementerio,
Frío, triste y sin hiel.
¡Qué mala sombra!,
¡qué nervios!, me daban a mí
cuando llegaba yo sola
a mi casa sin ti.

Sola y deshumanizada
Veía yo a nuestro hogar,
Sin tu grata compañía:
¿Qué podré yo esperar?.

Me duchaba después de verte;
Mejor dicho, de asistir
Todas las tardes para rezar
En forma de perorata:
Que te echaba de corazón
Al pie tu tumba sagrada.
Te fuiste sin yo decir
Alguna palabra altiva,
Que me saliese de la boca,
Con ganas de retener
Toda tu preciosa vida.
Te fuiste, lejos de mí,
Te llevó el Señor
A su morada Divina;
Y yo me quedé sin ti,

Sin tu caricia amiga.
Oía pasar a las gentes
Por mi puerta paseando,
Unas con otras hablando
De amores y de fe.
Se tenían en lo que hacían
Aquellas personas de bien;
Se tenían unas a otras,
Se tenían sin saber
Que el tiempo ya las pondrían
En su sitio sin querer.
Estoy un poco decaída,
Depresiva y sin fe
Para pensar en el mañana;
Por ser el mañana mi ayer.
Esa visión que no descansa
En mi mente también;
Esa visión de tu cuerpo,
Cuando a mi cuerpo veía
Arrullándome yo sola
Tumbada en la bañera.
Pensaba en muchas cosas
Viendo mi figura de mujer,
Me miraba, me miraba
Y me tocaba también
Algunas partes púdicas,
Como si tú me tocases
Con ese amor tan fiel.
Me recreaba contigo
Unos minutos de amor,

Me veía en la Gloria
Con aquel gran ardor;
Que me producía tu memoria
Teniendo yo un gran dolor
Por no tenerte conmigo
En mi casa, alrededor.
Fracasos hay en la historia
Achacados entre dos
Que no se llevan bien;
Pero entre tú y yo
No puede haber fracaso,
Eso te lo digo yo,
Por no existir relación.
Qué fuerte es esta historia,
Mi vida alrededor
De una triste alcoba:
Sola y sin compasión.
Lloro muchas noches en la cama,
Lloro sin saber cómo,
Pero luego me consuelo
Al saber te quiero yo
Tanto como en vida te quise,
No teniendo yo consuelo
Con la almohada cogida,
Como tú me cogías.
Lo paga esa almohada,
Ese furor de mis tripas,
Esa bravura de amor
Como me sale de dentro:
Mi ser, mi cuerpo y mi amor.

Estos muslos toda la noche
Te están esperando a ti;
Te espera todo mi cuerpo,
Todo mi ser con ardor.
Me imagino que entre las sábanas
Estás metido tú;
Tu persona me acaricia
Esperando el nuevo día
Que amanezca
Y rebote ese amor
Como tú me tenías.
Me tenías en un pedestal
Subidita todo el día
Sin a mí faltarme de nada;
Solamente eran tus ojos
Esos faros que me guían
Al más allá con amor,
Eran tus ojos hermosos
Como Lucero mañanero
Al que le falta ese tiempo
Para decirme; te quiero.
Tus manos suaves al tacto
De mis manos aterciopeladas
A las tuyas como seda
Estaban gritando de amor.
Esos halles sin hablarme
Que tú bien me deseabas
Todas las noches a solas
Produciéndome un temblor
Por todo el cuerpo, mi Alma;

Por todo mi ser superior.
Amanece, amaneciendo
Veo salir el nuevo día,
Con Luceros y Estrellas,
Que el camino a mí me guía.
Ese pensamiento puro
Que tengo por tu persona;
Por lo que fue hace días
Y ahora no lo tengo ya cerca.
Se fue a la Gloria tu Espíritu
Siendo lo único que tengo;
Por eso todos los días
Corriendo aquí vengo.
A tu tumba para hablarte
Con el pensamiento grato;
Que con la boca no puedo
Hablar de amor a un muerto.
¡Madre mía!, ¡madre mía!;
qué sola me quedaría
sino viniese a verte
y con el pensamiento quererte,
quererte todos los días.

EN LA LEJANÍA

Verte no te veré,
Pero te siento cerca
Todo el tiempo del día.
Verte no te veré;

Pese a la lejanía
Siento tu cuerpo serrano
Y tu gracia de una diva.
Ese pelo diamantino
Que llevas en la cabeza;
Esa boca de azucena
Que al abrirse esos pétalos
Huelen a gloria y canela.
Esas manos tan finas,
Con esos brazos tan bellos;
Esa carita de rosa
Que tienes cuando me miras.
No me hago yo sin ti,
Sin tu aliento y tus caricias,
Sin esa palabra me diga:
Te quiero más que a mi madre
Y más que a las joyas malditas.
Pese a mi trabajo que tengo
Se ha puesto tierra por medio;
Yo a ti nunca te olvido:
Te llevo presente en mi vida.
Cuando ando en la calle
Te presiento muy cerca
De mi persona marchita,
Marchita por no tenerte
Cerca de esta mía.
Me preguntan y te recuerdo
Al tiempo que los respondo
A esas gentes que preguntan;
Las respondo como si estuvieses

Dentro mi casa querida.
Con un hasta luego
Me doy la vuelta
Orgullosa de tenerte;
Con un hasta luego
Que me sienta
Orgullosa para verte.
Todas las gentes me miran
Extrañada, ya lo creo;
Con sus miradas me afirman,
Que yo a ti no te veo.
Presiento sea verdad
Eso que dicen las gentes:
No te volveré a ver
Yo a ti nunca más.
Presiento se cumplirá
En mí ese presente;
Que me he quedado viuda
Por mucho que yo miente.
Como loca corro al armario,
Le abro sin yo pensar.
Abrazando estoy a ella,
A tu ropa que yo guardo
Como oro en paño;
La beso y lagrimeo
Con mi Alma hecha polvo,
El Espíritu decaído
Y los ánimos por los suelos.
Estoy un rato enorme
Recreándome con tu ropa;

Estoy, que no me voy,
En el armario arreglando
Tus trajes, tus camisas
Y hasta te pude hablar
En un descuido que tuve.
Cerré el armario y me fui
Para preparar la comida;
Entonces sí que sí
Eché ingredientes para los dos
Sin darme cuenta de ello.
Hasta preparé la mesa
Para los dos, por supuesto,
Esperando que te sentaras
Se me enfrió la comida:
Hasta me entró un deseo
De tenerte cerca, muy cerca.
El viento, que en sí soplaba,
Con más fuerza todavía
Que lo hiciese algún día
Me hizo escuchar tu voz
Y el corazón me partía.
Puse toda atención
Sabiendo que te quería
Con esa fuerza de amor,
Con que quiere una chica.
Aun te sentía más,
Con más fuerza todavía;
Te sentía, te sentía
Cerca mi misma persona,
Yo a ti te sentía.

Pero cuando tú no me hablabas

Yo en sí decaía

Al ver lo triste que era

Estar sin ti toda la vida.

Quiero sufrir y no puedo

Por haberlo ya hecho;

Eché todo sufrimiento

Cuando asistí a tu entierro.

Quiero llorar y las lágrimas

No me salen de adentro;

Tan sólo puedo sollozar

Por tu cariño completo.

Al Cielo quiero implorar

Me libre de mi sufrimiento;

Me haga bien escuchar

Con ese Espíritu y aliento

Que una mujer le da

A su marido que ha muerto.

EL CASTILLO DE MONTALBÁN

Sería tradición popular o sería un fatuo de los que desvelan a la masa, en cuanto que su relato es un poco inverosímil para la comprensión humana; pero tal como me lo contaron, lo cuento y sin hacer ninguna clase de alardes, ni explayarme en su narración para que no sea más inverosímil en la descripción de los hechos.

Allá por los años mil ochocientos cincuenta, en una región pobre y devastada por la erosión del terreno, en donde no se da más que el tomillo, la jara, la yesca y algunos que otros cardos, llamados borriqueros porque solamente se atrevían a

comérselos los burros, en su penuria de hambre, debido al poco pienso que tenían los agricultores; pues ese año fue corto en cebada y con ella en paja.

Me encontraba en las inmediaciones de un terreno pizarroso y con un poco, o un tanto, de declive llamado “El Castillo Montalbán”, en donde, según la tradición, existía toda clase de hechos demoníacos en aquella época de tanta penuria económica en aquella mísera región.

Quise acercarme a dicho declive pizarroso, cuando di una patada a una piedra saliendo de bajo de ella una víbora, muy abundante por estos terrenos pedregosos y de pizarras en lo que la aridez era la única forma de vida que daba la pauta a los habitantes de aquel pueblo. Quise retirarme un poco de donde me había salido la víbora, cuando al comenzar a dar unos pasos hacia atrás observé correr por entre los pinchos de aquellas hierbas, ya secas, a un lagarto, tan enorme como un perro; verde y con una gran cabeza, no sabiendo yo si era tal vez un dragón de aquellos, que en la edad media tanto asombro y miedo causaba en el medio de vida de aquellas gentes, ignorante de su pobreza y de su candidez. ¿Dónde ir?; no sabía qué camino coger en aquella hora de apuros para mi persona, pero cuando vi que el lagarto, o lo que fuese dicho animal, se había retirado de donde yo me encontraba, decidí seguir hacia delante; pues la víbora se había quedado encima de una lancha de pizarra recibiendo los rayos solares para su regocijo.

Allí me encontraba, mirando en aquella profundidad de pizarras; que por aquello del fatuo me parecía más misterioso aquel lugar que nunca, ya que no había otra persona más que yo a menos de un kilómetro de distancia.

Me quedé observando, en el fondo de aquel barranco, un arrollo que corría serpenteando aquel lugar, como teniendo miedo a cruzarse con alguna *Ánima* en pena y rodeando las matas de jaras y abrojos que le interrumpían el paso por aquel contorno de desdichas humanas. Al fondo y a causa de aquel exuberante acuoso líquido, se

formaban unas matas de enormes jaras que no dejaban pasar a nadie por aquel sitio tan estrecho, como no fuese escalando por las pizarras aquellas que formaban la elevación pertinente, viéndose en ella una especie de castillo, con su asentamiento y todo: Unas enormes rocas, puestas en medio de las alturas y totalmente planas, en donde tal vez se pudieron hacer dichos sacrificios en forma de rituales para cumplir con el Maligno y dar rienda suelta a la mente en dichos actos de sumisión.

Hubo un momento que me pareció se hubiese cortado la corriente del agua en aquella parte, en donde las jaras se hacían más espesas; pero no, no se había cortado la corriente del agua, lo que pasaba era que a quien se me había helado la Sangre era a mí, al recordar aquellos hechos estrambóticos que contaban las comadres y las viejas a la luz de un candil en noches tenebrosas de puro invierno . . .

. . . Celidonia, sí así se llamaba la buena señora de nuestro primer cuento, o de nuestro primer relato hecho tal y cual se me contó y yo lo cuento de la misma manera que me lo habían dicho en años atrás.

Unas veces se creía y otras, a base de pasar tanta hambre y miseria no se tenía el Alma predispuesta para ninguna clase de creencias artificiosas o no; pero era la verdad que a nuestra buena señora no le hacía mucho gusto oír algunos relatos, por boca de otras personas a las que se habían consumado los hechos.

Y se decía que: Entre las doce y la una de la noche andaba la mala fortuna. ¡Pero qué va!, a la señora Celidonia no la hacía mucha mella eso de que anduviese por esos campos de su pueblo otra persona que no fuese ella portando una artesa, en la cabeza, llena de ropa para lavarla en un charco de agua clara y al son de unas peñas que había allí mismo.

Se preparaba para tender la ropa, a la luz de la Luna, en unos tomillos y en unos juntos que habían crecido por la humedad de aquel terreno; pues había llovido mucho aquel año. Se preparaba para tender la ropa, como digo, cuando vio aproximarse a ella una señora alta, muy alta, y vestida de negro,

toda ella de negro. Celidonia pensó que era mejor tener compañía que estar sola en dicha hora y en aquel sitio tan inhóspito; pero cuando llegó aquella señora vestida de negro y sin conocerla Celidonia, ésta tuvo reparo por no saber qué intenciones traería aquella señora que no conocía de nada.

Celidonia esperó a que aquella señora de negro estuviese a su lado para darla las buenas noches, pero no tuvo tiempo de decir nada, al respecto, ya que agachándose la señora de negro dio tal voz, que retronó en aquel medio ambiente en el que se encontraba Celidonia.

.- ¿QUÉ HACES AQUÍIII?.

Celidonia se puso las manos en la cabeza y como tapándose los oídos por miedo a que se la reventasen los tímpanos y cuando la señora de negro hubo terminado de decir aquello, Celidonia se quitó las manos de la cabeza, mirando para todas las partes no pudiendo ver a nadie cerca de ella. Solamente, Celidonia, había parpadeado y cuando volvió abrir los ojos, allí no se encontraba nadie a su vera. ¿Aquello había sido producto de su imaginación, o una forma de acoplarse en el miedo que estaba pasando, Celidonia, en aquella noche?: No se sabe; pero lo cierto fue que Celidonia no oía nada y esperó un cierto tiempo para saber las consecuencias de aquella voz incidiendo en su oído interno y pronto lo supo, pues Celidonia se quedó sorda para toda su vida.

Siendo este un caso curioso; pues se difundió de boca en boca que allí se estaban dando unas orgías, por las noches, con unas señoras de otros pueblos, alertando la curiosidad del señor Ambrosio; un hombre mujeriego, al que no se le ponía tierra por medio y en una noche de Luna llena allí que se fue nuestro buen hombre, para participar en aquellos placeres mundanos, de orgía y placer carnal.

Eso sí, que cuando estaba llegando aquel lugar, en donde la señora Celidonia se puso a lavar

una noche, vio el señor Ambrosio unas señoras encima de unas lanchas, saltando y bailando a buen ritmo y compás. Sintiendo, el señor Ambrosio, una alegría infinita; pues como podía ver, a la luz de la Luna, aquellas señoras iban ligeras de ropa, como llamando la atención a todo hombre que las vieses.

Nuestro buen señor arrimándose a ellas las hizo una indicación con la mano, como pidiendo permiso para participar él mismo en dicho baile, y llamándole con las manos, dichas señoras, nuestro buen señor se subió en aquella peña comenzando él mismo el baile al son de aquel ritmo que llevaban aquellas señoras; pero a poco de estar en perfecta armonía con aquellas señoras y en pleno baile, le comenzaron a propinar, aquellas señoras, toda clase de pellizcos, no solamente en los glúteos intermedios, pues también le pellizcaban en el pecho.

Pronto comprendió el señor Ambrosio que aquello era causa sobrenatural y dando una gran voz, llamó a la devoción mariana.

.- ¡Válgame la Virgen Santísima!

Y aquellos espectros desaparecieron como por encanto, quedándose solo el señor Ambrosio, con sus cardenales hechos por la fuerza de aquellos pellizcos dados a nuestro buen señor, sin ton ni son; pero que fueron efectivo para que al siguiente día los enseñara a sus parientes y a sus amigos en el pueblo.

Pero como el escarmiento no sirve para mucho en estos medios ambientes, en los que se vivía antaño; se dio otro caso en el pueblo y fue con un señor que yendo para los molinos que había en el río a altas horas de la noche, ayudó a un niño que se encontró en el camino a dichos molinos.

Casimiro, era nuestro nuevo protagonista del siguiente relato; un hombre bonachón y cumplidor con la ley, pero que esa misma confianza que gozaba y derrochaba dentro de sí mismo, le jugó una mala pasada.

Portaba en unos burros sus sacos llenos de trigo para cuando le tocase molerlos, traerlos convertidos en harina.

Iba tan alegre con un par de burros, cuando en pleno camino se encontró a un niño con una bola en la mano y por supuesto el señor Casimiro se paró para ver qué hacía allí aquella criatura sin sus padres; pues se encontraba el solo, como perdido.

El señor Casimiro se apeó del burro, donde iba montado, para dar cobijo a dicha criatura y acercándose a él le habló con amor y con un cuidado especial para que no tuviese que temer nada aquel niño que se había encontrado en su camino, hacia el molino del río.

.- ¿Qué haces aquí, niño?.

.- Sosteniendo mi bola.

El señor Casimiro montó al niño en el burro, pero cuando quiso darle la bola no podía levantarla de lo pesada que era; viendo que el niño le hacía gestos para que le bajase del burro y poder coger el mismo la bola.

Bajó, nuestro buen hombre, al niño del burro viendo con asombro que dicho niño sí podía levantar aquella bola tan pesada, quedándose sorprendido por tal hecho; no sin menoscabo de preguntarle por aquellas fuerzas.

.- ¿Qué es esta bola?.

Aquel niño, mirando al señor Casimiro, replicó con diligencia diciendo algo que le sobrecogió el Alma y hasta le heló la Sangre a nuestro buen hombre.

.- Es el Mundo.

Cuando oyó aquello el señor Casimiro no pudo por menos que arrancar a reír, por tal respuesta por parte de aquel niño; pero cuando tuvo que volver a subir al niño al burro, le costó lo suyo, ya que le tuvo que ayudar el niño a subir aquella bola: Pesaba como plomo y como si tuviese un imán al suelo. Pero por fin consiguió subir al niño y a la bola, para después encaramarse él mismo en el aparejo del burro; pues se colocó delante del niño y como vio que el burro iba, cada vez más pesado, no sabía las verdaderas causas que le provocaban a aquel cuadrúpedo dichos efectos de cansancio y de no poder tirar con los jinetes que llevaba encima.

El señor Casimiro quiso limar asperezas y refiriéndose al niño, con son burlesco, le comenzó a hablar de aquella bola.

.- ¿Con que el Mundo?.

Aquel niño sin dudarlo le afirmó la respuesta y viendo el señor Casimiro que el burro iba cada vez más pesado y más pesado miró para atrás observando que al niño le habían crecido las piernas considerablemente, pero en vez de dar síntoma de nerviosismo, le intuyó al niño ánimos para proseguir el camino, diciéndole; que ya estaban muy cerca del molino. Pero como no obstante, nuestro buen hombre no se las tenía nada consigo, volvió a mirar para atrás viendo que al niño le habían vuelto a crecer las piernas; siendo tanto así, que ya casi iba arrastrándolas en el camino.

El señor Casimiro arreó al burro; pues se aproximaba el río y tenía que cruzarlo con dicha montura hasta la otra orilla de aquel río. Nuestro buen hombre no esperó a la barca, que existía de maroma, y por el vado que había en el río, en ese mismo lugar, dirigió el burro para conseguir llegar

cuanto antes al molino, pero cuando iban por la mitad, el burro resbaló y se fue hacia lo hondo del río, no consiguiendo nadar, casi nada.

Nuestro buen hombre volvió a preguntar al niño por aquella bola, que tantos dolores de cabeza le estaban trayendo, ya que veía que se ahogaba el burro al no poder nadar en aquel medio acuoso de la corriente del río.

- Niño; una vez más; ¿Qué es esa bola?.

El niño le echó una mano por el hombro, en señal de confianzas para que le creyera y cuando estuvo seguro que el señor Casimiro esperaba la contestación, habló con completa seguridad de qué trataba dicha bola.

- Le he dicho a usted, que esta bola es el Mundo.

El señor Casimiro miró al burro y viendo que dicho animal estaba echando espumarajos por la boca de los esfuerzos que estaba haciendo para no hundirse replicó con ansiedad en voz alta y con firmeza.

- ¡Válgame la Virgen Santísima!.

Y al momento se dio cuenta que el burro ya podía nadar en la corriente de aquel río, mirando para atrás, una vez más, el señor Casimiro viéndose completamente solo con los dos burros.

Aquella noche llegó el señor Casimiro al molino que apenas veía la piedra maestra, con lo enorme que es y adelantándole el turno, por creer el molinero y los demás personas que había en aquel molino, que el señor Casimiro se encontraba enfermo, pero que muy enfermo por la temperatura que llevaba en todo su cuerpo.

Era así que hasta una persona que conocía muy bien al señor Casimiro se ofreció para llevarle al pueblo y tener cuidado con él para que no le pasase nada malo.

La vuelta fue diferente; pues se veían más bien las piedras rodadas en el camino, que eran de silicato, unas blancas y otras marrones. Y hasta se veían mejor las estrellas y la Luna, no siendo como en la ida, que todo estaba más oscuro y apenas se veía el Firmamento, aquel Cielo azul y estrellado a la vez.

Pero como la curiosidad es mucha, el señor que le acompañaba al señor Casimiro quiso saber la pura realidad de lo que había pasado diciéndoselo nuestro buen hombre, no creyéndose nada aquel señor de lo que le había contado su amigo en el trayecto al pueblo. Pero miren ustedes por donde, se levantó un viento suave, con una especie de calma y en medio de ese viento se vio un Águila volar majestuosamente, para en un momento determinado desaparecer de la vista de los dos protagonista de

nuestro último relato dejando una especie de visión, como de un Sol enorme y bien formado, que al momento se transformó en una imagen como si fuese la gran bola que forma el Mundo.

El acompañante del señor Casimiro, bajándose del burro salió corriendo hacia el molino, ya que estaba más cerca que del pueblo, y con personas que le pudiesen ayudar a pasar aquel mal trago, como le había hecho pensar el señor Casimiro contándole dicho relato, que para él no había sido otra cosa que un cuento de hadas mal contado.

Cuando llegó el señor Casimiro al pueblo todas las personas le podían ver una bola que llevaba en la frente, pintada; pero sin saber qué pinturas se habían empleado para que aquella figura, en forma de bola, se conservase en la frente del señor Casimiro.

DONDE APUNTA EL MORO ESTÁ EL TESORO

Nos ubicamos, más bien, a finales del siglo diecisiete y todo el siglo dieciocho; en lo que fue llamado el siglo de las letras de oro españolas, Cervantes con “El Quijote”, Quevedo con “El buscón”, Góngora y el fénix de los ingenios, Lope de Vega; siguiendo con la encrucijada amorosa de buenos escritores, como: Zorrilla, Espronceda, Fígaro, Larra, Alarcón con, la verdad sospechosa, y otros tantos escritores de renombres en aquella Europa de virtudes dentro de los estudios de humanidades y los románticos mas moderados: Chateaubriadl, Walter Scotf. Con los románticos más liberales: Leopoldo (Italia), Victor Hugo (Francia), allá donde se daba el buen quehacer en el teatro al son de los atrios de las Iglesias llamado Misterio, con Maitre Patehelín, y la crítica de aquella sociedad dentro de los salones, como el de la marquesa de Rambanillet, allá donde todo era una concordia de paz y de romanticismo a la vez,

surgió en la clase baja una manera nueva de pensamiento, redactando a su modo y manera todas las hazañas y virtudes de sus héroes.

El hecho que nos incumbe surge de una manera, no esporádica, más bien como de un pensamiento del pueblo, pues todo acto social era para las gentes de la edad media un derroche de algo que no se podía saber, algo oculto para esas gentes, nobles y sencillas; en las que se daban grandes virtudes de fe, creencias y enseñanzas sociales por ver las cosas diferentemente como las veía las clases opulentas.

Nos situamos en una región árida y desolada, a la vez; pero que no por eso dejaría de ser querida por sus habitantes, haciendo alarde a ciertas creencias ocultistas para reavivar la fe en sus tierras, en esa tierra que les vio nacer.

Un pueblo de no muchos habitantes; diríamos más bien una villa de aquella extensa parvedad, en donde no había ideas relevantes por falta de no pensar en ellas las gentes de aquellas tierras.

Una mañana temprano se levantaron los habitantes de aquel pueblo para laborar el campo, ya que eran todos ellos agricultores y ganaderos; cuando surgió la sorpresa mayúscula al ver, no a muchos kilómetros del pueblo una estatua hecha de barro, de una cerámica especial que se confeccionaba allí mismo, en aquella época.

Según iban llegando aquellos señores iban dando vueltas y vueltas alrededor de dicha estatua, sin pensar en quién la habría puesto en aquel lugar y con qué motivo lo había hecho; pero ellos querían ver algo fuera de lo normal, algo que chocase con la vida misma, con la realidad cotidiana de aquel pueblo.

No se habían fijado bien, por no decir que todo el pueblo era analfabeto; bueno, todo el pueblo no, existía la señor maestra de párvulos, la cual sí sabía leer, teniendo algunos libros en su casa no sabiendo con qué motivo; ya que nadie la veía leer alguno de aquellos libros, era más bien para medrar y atraer a sus discípulos. Pero aquella

maestra descifró el organigrama que había encima de la estatua, un letrero que decía: Donde apunta el moro está el tesoro.

Doña Rosita, con su catón y las letras de sopa con aquellos grandioso números esparcidos por el suelo, al igual que las letras, señalaba con un puntero aquellos chicos para que aprendiesen a distinguir los números y las letras, para más tarde; cuando ya tuviesen más edad ir reuniendo letras y formar palabras con ellas. Una de las primeras palabras que se aprendió en la escuela de párvulos fue: Mamá.

Todas las personas del pueblo supieron, entonces, aquel enigma con que se componía la figura aquella; pues estaba señalando hacia el infinito con un brazo, aquella estatua; surgiendo medidores y planificadores de terrenos: En general median todo el pueblo y alguno llegaban a la sierra, diciendo que era a los peñascos de la sierra donde apuntaba el brazo y el dedo de aquella estatua.

No hubo lugar ni sitio que no fuese horadado por los habitantes de aquel pueblo y hasta dicen las malas lenguas que se la vio también a la señora maestra, Doña Rosita, cavar con todas sus ansias a menos de cinco metro de la estatua, por aquello que el dedo que señalaba tenía la falange un poco doblada hacia abajo.

No se sabía si era producto defectuoso de cuando se moldeó dicha estatua, o que aquella figura, semejante a un ser con turbante, señalaba desde luego a menos de cinco metros; lo cierto fue que quedaron todo aquel terreno como si se hubiese empleado una de las constructoras nuevas que hay en estos tiempos, sacando gravillas para las obras; con los mismos barrancos y fosos.

No crean ustedes que aquellas gentes no se cansaban de cavar y seguir cavando todo aquel terreno, sacando metros y metros cúbicos de tierra y removiendo todo lo que permanecía intacto hasta ahora. Llegaban a casa cansados de estar ajetreando todo el día, con el pico en la mano y la pala acuesta.

Sus ánimos se veían mermados al correr el tiempo y no encontrar nada de nada; pues algunos seguían diciendo que el moro apuntaba hacia la sierra y por poco arrancan todos los olivos que había allí sembrados, hasta los que estaban sembrados por la mano de Dios, que eran los más cercanos a los riscos de aquella sierra. En cuanto a beneficios a los olivares, los estaban haciendo; por lo menos cavaban los olivos, que falta los estaban hacían.

.- No puedo más.

Así se expresaba un señor de aquel pueblo un día que llegó a casa, después de estar cansado de tanto cavar y cavar la tierra sin encontrar dicho tesoro; pero como les he dicho que aquellos habitantes de aquel pueblo estaban de espaldas a las enseñanzas regladas de la época, ya fuesen muchas o pocas. No cesaban en su empeño, pues creían que eran ellos los que tenían la razón y la fe de su parte, Por lo tanto nuestro buen hombre, una vez que amaneció salió rumbo a donde se encontraba la dichosa estatua. Una vez más se encontraba en aquel lugar nuestro protagonista, murmurado; eso sí, pero con fe y creencias de que ese día, sí iba a tener suerte y encontraría el solo el famoso tesoro que rezaba el moro.

Ambrosio; sí, nuestro protagonista un día que volvía a casa con los pantalones hechos jirones, se le reían unos y otros al verle de tal guisa.

.- ¡Qué!, Ambrosio: ¿Ya lo has encontrado?.

Soltando aquel señor una carcajada una vez que había dicho eso al señor Ambrosio, como queriendo demostrar que nadie iba a encontrar el tesoro; por lo menos tan fácilmente. No pudo dormir el señor Ambrosio en toda la noche, pensando si quizás estuviese detrás de la estatua; cosa improbable, ya que la leyenda de la estatua decía, que el tesoro se encontraba donde apuntaba el moro y la estatua apuntaba hacia alguna parte que él no sabía descifrar o no sabía comprender dónde estuviese dicho lugar.

Lo cierto fue que estuvo toda la noche dando vueltas y vueltas, pensando en una y en mil probabilidades de donde podría estar el tesoro; pero como él solo no podía descifrar aquel enigma, llamó por la mañana temprano a la señora maestra, Doña Rosita, para que le ayudase a saber si había, en dicha estatua, otra leyenda, llevándosela a la señora Rosita consigo al lugar de donde había estado cavando el día anterior.

.- No.

.- Dígame usted; ¿cómo que no?.

La señora maestra le llevó cerca de la estatua a nuestro buen hombre para ver si en alguna parte ponía otra leyenda, que sirviese de guía para aquellos labradores, con bastante fe de sacar aquel tesoro escondido.

Qué va, allí no había nada, no había otro letrero poniendo cualquier otra cosa que sirviese de guía y luz a dichos habitantes de aquel pueblo; solamente rezaba la leyenda de: Donde apunta el moro está el tesoro. ¿Pero dónde apuntaba?; si ya habían cavado todo el terreno que se veía con la vista y allí no salía tesoro alguno.

Tanto se había cavado alrededor de aquella estatua, que por cavar cavaban hasta detrás de la misma desequilibrando la estatua para un lado, no sabiendo dónde estaba apuntando la esfinge aquella, ni pudiendo hacer las mediciones correspondientes para acotar el terreno en el punto que creían pertinente.

Buscaban y buscaban la misma posición que había tenido antes aquella estatua para poder saber dónde se encontraba el tesoro ansiado por todos los habitantes de aquel pueblo, hasta que creyeron habían puesto la estatua según como estaba antes.

El señor Ambrosio tuvo una idea feliz; y era el reunir a todos los habitantes del pueblo para aunar las fuerzas entre todos juntos y así poder acotar mejor el terreno, repartiéndose por partes iguales el tesoro deseado.

.- Creo que es mejor unirnos todos y buscar juntos dicho tesoro; pues tiene que salir a la fuerza.

Hubo disparidad de opiniones al respecto; pues algunos salieron diciendo que los querían engañar y otros que no era muy buena dicha idea, así que como había habido mayoría simple en las votaciones de aquellos vecinos, se acometió tal y como decía el señor Ambrosio.

Se delimitó a cada vecino un trozo de terreno y así barrían todos juntos un trozo de terreno considerable, pudiendo buscar con más amplitud el tesoro.

El tesoro se resistía y aquellos vecinos del pueblo se fueron retirando, poco a poco, a sus casas para no volver más a cavar aquellos terrenos horadados en la mayoría; quedándose solo el señor Ambrosio y la señora maestra, Doña Rosita: Mujer a la que le hacía falta el dinero; pues el Excelentísimo Ayuntamiento la pagaba muy poco, ya que eran de las arcas consistoriales donde salía el sueldo de la señora maestra, en aquel antaño.

La señora maestra siguió asistiendo a su escuela, dando lecciones de primaria a sus discípulos y éstos se mofaban de su maestra cada vez que se agachaba a por la tiza en el suelo; ya que la veían como a una perfecta minera.

.- Doña Rosa: ¿Qué la pasa que se agacha tanto, es que lo está ejercitando?.

.- ¡A callar!, niños.

No daban su brazo a torcer ninguno de los dos vecinos, el señor Ambrosio y Doña Rosita; no cesaban en su empeño de buscar aquel tesoro escondido en las entrañas de aquella tierra inhóspita y poco agraciada con el agua; aunque había una pequeña flora abundante y variada, a la vez. Unas florcillas irrumpían aquel desolado paisaje de vez en cuando; unas rosadas, otras blancas y otras de variados colores. Siendo su fauna tan variada como la flora, pero pequeña para no romper el contorno del medio donde se vivía; parecía como si la naturaleza fuese lista y quisiera tener en dicho lugar pequeños animalitos y pequeñas hierbas y flores a la vez: Parecía como si la flora mayor y la fauna mayor se hubiesen retirado de aquellos campos al no tener suficientes pastos enormes para comer ellos; solamente habían pastos para el ganado ovino y algo más. Pero eso sí, un pasto exquisito, haciendo las delicias de aquellas ovejas y dando unos quesos primordiales.

Volvieron a verse, una vez más, a los agricultores labrar sus tierras con la alegría de verlas germinar y coger sus frutos en su debido tiempo; pues algunos de ellos tuvieron que allanar sus suertes para poder sembrar el grano y así segar la cosecha mucho mejor.

Mientras tanto allí seguía la estatua con el cartel que decía: Donde apunta el moro está el tesoro. El tesoro: ¡Ya!; pues nadie sabía dónde se podría encontrar aquel emporio de riquezas ansiado por todo el pueblo.

Hasta idearon nuestro dos protagonistas atar una gran cuerda en el dedo de la estatua, para saber dónde apuntaba la misma; y como la estatua los llevó a la sierra, nuestros buenos protagonistas no dudaron, ni un momento, en perforar rocas y levantar peñas de aquel gran macizo montañoso, como era la sierra de aquel pueblo.

Si el Señor Ambrosio se quedó delgado y arrugada su cara, la señora maestra, Doña Rosita no parecía la misma; hasta el punto que un día preguntaban por ello sus discípulos teniéndola a ella misma delante.

.- ¡Venga, niños!; sentaros y callaros: ¿Es que no me veis aquí, con vosotros?.

Cualquiera lo diría, que aquella señora que tenían delante aquellos niños era la señora maestra, Doña Rosa, si no parecía la misma; pues estaba mucho más vieja y pequeña que hacía un mes: Con la cara más arrugada y el pelo canoso.

Aquella noche no pudo dormir el señor Ambrosio dando vueltas y vueltas para poder pensar alguna cosa que descifrara el enigma que tenía encima aquella estatua, hecha de cerámica, y no consiguiendo ver un camino que llevar a cabo para su logro, nuestro buen hombre se levantó temprano con idea de volver a medir, otra vez más, aquel terreno en línea recta; pero cuando se encontró delante de aquella estatua, tuvo otro pensamiento y no menos bueno para aquella estatua, que tantos dolores de cabeza le estaba acarreado en su vida.

Se quedó mirando a la estatua el señor Ambrosio con cara de pocos amigos y sin pensarlo más, lleno de rencor y de ira, se echó el pico al hombro propinado en el brazo de la estatua un golpe seco y contundente, viendo como de su brazo caían monedas de oro y de plata al suelo.

No conformándose con ello, siguió golpeando a la estatua mientras esta echaba afuera todas las monedas que contenía ella dentro de sí misma, llevándose a casa todo un saco lleno de monedas, que aunque no de curso legal; como eran de oro y plata sí valían su precio estipulado en el mercado.

En la espesa se habían quedado los judíos sefardí un cargamento de monedas, al no poderse las llevar en aquel tiempo y de esta manera se volvió rico el señor Ambrosio.

Como en aquella época, como en casi todas, a cada cuento había una moraleja; les voy a contar la moraleja de este cuento, echo como a mí me lo habían contado y sin quitar un ápice de aquellas palabras.

No crean ustedes que no valía para nada el comienzo de este cuento, al nombrarles tantos escritores y tal vez las épocas de los diferentes pasos del teatro; sí, si que valía, pues en dicha narración se ve la diferencia de clases que había en aquel entonces: Unos pocos, escribiendo, aunque fuese en grandes ciudades, y otros hundidos en el abismo de la ignorancia más supina; con sus ansias, no de poder, pero sí de riquezas. La mayoría de las personas cuando lo vieron imposible, el hacerse con dicho tesoro, abandonaron la tarea de buscar la riqueza en la estatua; pero el que tuvo persistencia fue el que encontró dicho tesoro.

En la vida hay que tener tesón y sangre fría para perseguir lo que una persona quiere lograr y no desfallecer a las primeras de cambio. Nunca se debe dejar en la estacada un proyecto que se haya comenzado y mucho menos si es en comunidad con las demás personas; eso es feo y dice muy poco del ser humano.

No miraban para arriba, como se suele decir; más bien veían la posibilidad de obtener beneficios ellos solos y así era: Pues a ellos les importaban poco que unos cuantos estuviesen encaramados en las alturas del poder; ya que ellos sabían que no lo podrían conseguir y se amoldaban a la idea de vivir tal y como estaban toda su vida, siendo esa idea un acicate para no perseguir una idea confusa y vana para sus pretensiones; que no eran otra que el vivir en el medio ambiente en que nacieron.

De una parte se narra las cabezas pensantes que vivieron en aquel tiempo; sus costumbres, sus maneras de vivir y de ser, con esa intelectualidad que les daba el haber estudiado o leído mucho y por la otra parte el no haber estudiado, ni haber leído nada, conservándose en la sociedad con el grado de inocencia supina al no haber tenido medios o acomodo para el estudio.

La enseñanza principal de este cuento, es que la persona humana se tiene que conformar con lo que tenga; o como dice el pueblo: Se tiene, uno, que conformar con lo que Dios le ha dado.

EL CARIÑO SIEMPRE ES PERSISTENTE

Jugaba con chicos y chicas,
En mi barrio por supuesto;
Jugaba con chicos y chicas,
Jugaba con gran acierto.
Tenía amistades completas
Con amigos de una vez,
Tenía amores que aciertan
A quererme con altivez.
Aquella chica me dijo,
Que sin mí no a de ser
Su vida igual que ahora;
Por la dicha de querer.
Ese cariño me tuvo
De joven aquella chica
Yo nunca lo olvidé;
Ni lo olvidaré jamás,
En cien años que viviere.
Sana era aquella amistad
Que tuve con aquella chica;
La tuve con los demás,
Con los demás yo también.
Si algunos de mis amigos
Veía en apuros a mi chica,
No estando yo con ella,
La ayudaba sin desdén.
Se prestaban auxilios
Los unos a los otros;
Como buenos hermanos,

Al habernos criado juntos
En la grandeza de aquel barrio.
Pensaba estarme siempre
Junto a mi chica y a ellos,
Mis amigos de mi Alma
Y mi chica de mis sueños.
No teníamos picardía,
Ni malicia para pensar
En otra cosa que fuese
Llevarnos bien y estar
Cada uno con el otro
Como hermanos nada más.
Crecimos juntos un día
Sin tan siquiera pensar
Que nos hacíamos mayores,
Dentro nuestra sociedad.
Crecimos y ya pensábamos
En lo que íbamos a estudiar,
Congratulándonos juntos
Esas noches de amistad,
Que salíamos a recrearnos
Para estar juntos ya,
Sin otro contratiempo
Que nos pudiese agobiar.
La alegría era un derroche
De jolgorio y bienestar,
Entre el grupo completo:
Cuatro amigos de verdad.
A punto de formalizar matrícula
En una universidad,

Trasladaron a mi padre
Lejos de allí que está
Ese lugar que nos fuimos;
Sin amigos, ni amistad.
Se me rompió toda el Alma
Al verme solo en el Mundo;
Sin ella me veía perdido
En la misma universidad.
Las letras se me amontonaban,
Los dedos se me hacían huéspedes,
Y hasta la cara se me puso
Como a un chico, ya, maduro.
Envejecía mi cuerpo,
Sin esa flor que está
Lejos mi Alma querida
Y querida sin bondad.
La recordaba yo solo,
Cuando no podía ni hablar;
Por no tener compañía
En mi cuarto, ya que está
Hasta la puerta cerrada,
No viendo a nadie más.
¡Qué grande que fui un día!;
Cuando era yo joven,
Pero ahora me creía
Que yo tenía un mote:
El solitario, me decían.
Menos mal que conocí
A una chica arriscada:
Buena y con bellos modales,

Sin maldad ni picardía.
Por eso entablé amistad,
Con aquella chica modosita;
Que sino no sé qué sería
De mi persona marchita.
Ahora esa chica se hacía
Mi mujer en mi vida;
Teniendo con ella tres hijos
Que me alegraban la vida.
Dos niñas y un niño
Tuve con esa mujer;
Que aunque yo no la quería
Ella me quería ver
Feliz y alegre en la vida.
Dos cariños encontrados:
El de mi mujer y el mío;
Dos cariños deseados
Por las circunstancias del tiempo
En que trascurrió mi vida.
Pero yo no me olvidaba
De la chica de mis sueños;
Esa niña tan divina,
Que me hizo a mí, por supuesto,
Ser jovial en mi juventud
Con Espíritu bondadoso.
Yo no olvidé nunca
Aquella chica que tuve
Hace tiempo, hace tiempo;
En mi barrio, con mis amigos
Y con mi chica bien puesto.

Bien puesto estaba esos días

 Mi juventud, ya siendo

 Un joven mayorzote

Al que se la había abierto

 Esa luz por adentro:

 Adentro de mi corazón

 Para inculcarme con fe

 Ese amor que yo siento.

Pasó el tiempo, el tiempo

 Y con el pasó la figura;

De aquella bella muchacha

 Que era una gran finura.

Yo te recordaba como eras,

Sin darme cuenta que tu forma

 Se había transformado

 En una mujer completa.

Pasó el tiempo en mi vida,

En la tuya también pasó;

Yo seguía recordándote

 Tal y como eras ayer.

 Hasta que un buen día

Vi a una mujer madura

 En tu persona querida

 Y tu persona me decía:

Soy la misma, soy la misma.

 Estaba yo viéndote

 Pudiéndote recordar

Por tu mirada tan limpia

 Y tu voz angelical,

 Con ese trato exquisito

Que siempre tuviste al hablar.

 Mi corazón tuvo arritmia,

 Mi cerebro me abandonó,

 Mi corazón me decía;

 ¿Haber lo que iba hacer?.

Me quedé parado un momento,

 Antes de responder;

Reponiéndome más tarde

 Para darte sendos besos

 En tus carrillos de miel.

 Tu vida no la sabía,

 Pero tú me la explicaste

Con dos palabras seguras

Que me hicieron temblar,

 Al decirme con finura:

 No me casé jamás.

Te recordé a todas horas,

Cada instante de mi vida;

 Te recordé sin demora

 Y en el corazón también

 A todas horas te llevé.

Respondí a eso con lo mismo:

 Yo también te recordé

 A todas horas del día

Todos los días de mi vida;

 Yo a ti no te olvidé.

 Ahora estamos casados

Viviendo nuestra luna de miel,

 En ese Cielo hermoso

 Sintiéndome yo fiel

A tu cariño celoso,
Celoso por yo querer
A tu persona que es diosa
Para esta mi persona,
Como se puede comprender.

LA ALBORADA DE ABRIL

Aquella mañana altiva,
Que hacía en aquel día;
Cuando yo te conocía,
Era mañana muy fría,
Muy fría de Abril.
Me diste alegre la mano;
Yo a ti también te la di,
Te fuiste con un adiós,
Te fuiste tú de allí.
Me quedaste solo y lánguido;
Sin aliento en mi pecho.
Me quedaste, me quedaste
Sin brújula por derecho.
No sabía mi camino,
Ni por donde yo ir;
No sabía mi destino,
Ni cuando partir
De aquel lugar de encuentro,
Donde mi vida era miel,
En aquel lugar de ensueño
Me agudizaba la sien.

Yo a ti te vi un día
Cerca del parque risueño;
Yo en sí me lo creía,
Al poner tanto empeño,
Que tú a mí me querías
Con Espíritu flamenco.
Alegría, alegría
Cuando yo te conocí;
Unas castañuelas por dentro
Me sonaban a mí.
Alegría, alegría
Era lo que yo decía;
Alegría, alegría
Campanas al viento tiradas
Para que resuenen alegres,
En esta triste agonía.
Agonía yo tenía
Por no volverte a ver;
Tristeza que me salía
De mi cuerpo y de mi ser.
Era una alegre primavera
Cuando yo te conocí,
Era mi vida entera
La que yo daba por ti.
Por esa sonrisa tu cara,
Por esos labios de grana,
Por esa boquita de seda;
Con esos ojos tan dulces
Que yo, ya, en sí perdí
El conocimiento en un verbo

Al separarme de ti.
No te he vuelto a ver más;
Esos dientes de alelí,
Esa sonrisa tan fresca
Y esa dulzura que sí.
¿Dónde tendrás todo eso?;
cuando yo te conocí,
que te busco y no puedo
alejarme yo de ti.
Ni tan siquiera presiento
Estés cerca de mí;
Si no te encuentro en secreto:
Mi amor se aleja de ti.
Pasaron algunos años
Tristes, muy tristes para mí,
Eras mi musa secreta,
Eras mi Ángel ideal;
Con esos amores te tengo,
Te tengo yo de verdad.
Palpitaba mi corazón,
Palpita siempre por ti,
Por ese amor de Abril;
De primavera florida
Con amor de frenesí.
Pasando el tiempo te vi,
Te vi yo a ti;
Encendiéndose mis amores
Con ese fuego ideal,
El que tiene en su corazón
Ese hombre de postín.

Ahora pasando el tiempo

Yo a ti te conocí;

Pese a los años pasados

Sin verte yo a ti.

No habías cambiado

Ni mucho, ni poco, ni nada;

Estabas tan apañada

Igual que cuando te conocí.

Ahora yo te tengo

A tu persona así;

Con este cariño de antes

Y estas formas de postín.

DAME MIS ASADURAS

Guasones como ellos solos

Eran esos niños del todo;

Guasones y dando bromas,

Como ellos no habían otros.

Tenían un pozo en la puerta

Esos niños desarmados;

Cuando corriendo daban

La noticia al vecino.

-. Vecino: Su padre

se ha tirado al pozo.

Salió el vecino corriendo

Y antes que lo pensara

Se tiró al pozo con ganas,
Para sacar a su padre.
Ni padre, ni nada había
Metidito en el pozo;
Tan sólo una broma
Que le dieron al vecino,
Metidito en el pozo.
Como pudo salió de allí
El vecino, ese hombre,
Como pudo salió de allí
Más o menos enfadado.
Por aquel tiempo había
Mucha hambre entre ellos
Y su padre ha ideado
Comerse por fin una cena,
Que del Cementerio sacó
De un muerto que hace poco
Le enterraron sin enfermedad.
Le sacaron las asaduras,
Comiéndoselas después en la cena;
Pues el hambre era mucha
Y los alimentos pocos.
Copiosa fuese aquella cena
Quedándose adormecidos
En la cocina todos ellos;
Y hasta se fueron acostar
Con la tripa bien llena.
A eso de media noche
Oyeron que llamaban
A la puerta, a la puerta

De aquella habitación;
Donde estaban todos ellos.

- , Padre; ¿qué es eso?.
- . Cállate hijo, que ya se irá.

Oyeron decir muy claro.

- . Dame mis asaduras, asaduras
que me quitaste de la sepultura.

A poco volvieron a llamar
En la puerta de la habitación.

- . Padre; ¿qué es eso?.
- . Cállate hijo, que ya se irá.
- . No me voy; pues entrando
en la habitación estoy.

Así quedó un buen rato,
Hasta que volvieron a sonar
Esos ruidos medio broncos.

- . Padre; ¿qué es eso?.
- . Cállate hijo; que ya se irá.
- . No me voy, que al pie
de la cama estoy.

Notaron que les tiraban
De las sábanas

Quedándose al descubierto.
Notaron un frío imponente
Dentro de la habitación,
Notaron se helaban los huesos
Y el sentido se ofuscaba.
Se quedó un rato tranquila
Aquella habitación
Donde estaban todos ellos;
Pero al momento sonaban
Esos ruidos deshonestos:
Como si tocasen al catre
Con fuerza y con aplomo.

- ¡Padre!; ¿qué es eso?.
- Cállate, hijo; que ya se irá.
- No me voy, que royéndoos
los pies estoy.

EL NIÑO ENCONTRADO

Jugaba un niño en su puerta,
Jugaba un niño en la calle
Al aro y a la peonza,
Cuando se le acercó un hombre
Y sacando un pañuelo
Se le arrimó a las fosas nasales
Quedando el niño inconsciente.
Aquel niño desapareció
Como por encanto;

No lo había visto nadie
Cuado se le llevaron,
Al niño angelical
Que jugaba en la calle.
Toda la autoridad
Le estuvo en tiempos buscando
No pudiendo encontrarle
Por más sitios que fueron:
Le estuvieron buscando, buscando
Sin poder encontrarle.
Pasado el tiempo, el tiempo;
Mientras tanto el malvado
Que se había llevado al niño
No podía desprenderse
De aquella criatura inocente.
Un espejo que enfrente,
Lleno de polvo irradiaba
Unos rayos misteriosos,
Que le estaban inquietando
Aquel mal hombre.
No se daba cuenta de lo que eran
Esos rayos que el veía;
Creía fuese un signo
De la grandeza Divina.
Así un día y otro día
Aquel malvado veía
Reflejase en su casa
Los rayos que el veía.
Como tal vez eran de colores
Esos rayos misteriosos,

El hombre no sabía decir
Si le mandaba el Cielo
Un mensaje para el
Con agrado infinito.
Miren ustedes por donde
El niño estaba pared por medio
De donde era su casa;
No había salido de allí,
Esperando ese hombre
Venderle para vivir.
Acobardado y doblegado
El hombre le dio largas
Al niño que llamando está
A su puerta con agrado.
Le abrieron los padres
Recibiendo una sorpresa,
Le abrieron los padres
Y vieron como en sí era
La Gracia de los Cielos;
Que la gracia fue indirecta,
Sin tocarle ni hacerle
Cosa propia el Divino,
Logró que aquel malvado
Soltase aquel niño.

EL NIÑO EN EL CIRCO

Había un niño en el circo
Que trabajaba en el,

Se montaba en un elefante
Pequeño y dulce como la miel.

Ese niño tenía
Estigmas en su cuerpo;
Ese niño parecía
Tenía dones de ello.
Sus gestos eran acordes,
Su mirada penetrante,
Su inteligencia supina
Y su fuerza una centella.
Tanta compenetración
Tenía con el elefante,
Que hasta dormía junto
Al cuadrúpedo de antes:
Parecían uña y carne.

Pero un día el niño
Desapareció en un instante,
No acudiendo al circo
Para ver al elefante.
El elefantito le echó
De menos en poco tiempo,
Saliendo por los caminos,
Por las carreteras corriendo.

Buscaba fuera de sí
A su amigo el niño,
Buscaba por todas partes
Al garçón de sus amores,
Al Ángel de su guarda.
Desesperado le vieron
Cuando no pudo encontrarle;

Pero el no desistió,
El elefante en buscarlo.
El niño con sus poderes
Había pinchado tres ruedas
Al coche que le llevaba,
Teniendo que parar
En mitad la carretera.
Día y medio estuvieron
Parados con aquel coche
Las gentes que le raptaron
A ese niño obediente.
Mientras tanto el elefante
Consiguió llegar al coche
Y como oliendo al niño,
Con las gentes arremetió.
Huyendo los malvados
Del elefante enfadado,
Que con la trompa ha abierto
La puerta del coche al niño.
Congratulaciones de unos,
Alegrías de otros;
Saltos se veía
Que daba el cuadrúpedo
Y el niño
Fundiéndose en un abrazo.
Nunca el malvado
Ha logrado
Salirse con la suya;
Nunca la persona perversa
Ha logrado su objetivo.

Así reinó la paz
Entre el elefante y el niño,
En aquel circo gracioso
Donde un día vimos
Florecer esa amistad;
Entre el elefante y el niño.

EL SACA MANTECAS

Había un hombre afable
Repartiendo caramelos
A los niños de aquel pueblo
Donde el vivía.
Se desvelaba por ellos,
Los ayudaba a todos
Lo que los niños pidiesen,
Sin cansarse por eso.
Un día y otro día,
Así todos los días;
Ayudando a los niños
Con Espíritu elevado;
Pues elevadas eran las formas
Que empleaba en ellos.
Pero nadie sabía
Que tenía un hermano
En aquel pueblo,
Dejando correr un bulo
Con hachares deshonestos.
Nadie sabía de su existencia,

De la existencia del hermano;
Dejando correr el bulo
Por todo el pueblo, el pueblo.
Como siempre llevaba un saco
Llenos de caramelos,
El hermano comenzó a decir,
Que era para meter a los niños
En el saco medio lleno.
Aquel hombre bueno,
Languidecía por momento
Al ver que ya los niños
No se acercaban a el
En la calle siguiéndole
Sus pasos, lleno de pena
Se estaba el muriendo.
Por más afectos que daba
A los niños de aquel pueblo,
Los padres los habían prohibidos
Se acercasen a ese hombre,
Que arrastraba la vida
Detrás los niños siguiendo.
Lo que el hermano quería
Se fuese de aquel pueblo
Y vaya si lo consiguió
Una mañana de frío:
Encontraron a ese hombre
En la calle muerto.
Tan sólo le velaban
Un centenar de ratas
Rabiosas por haberle hecho

A ese hombre de menos.
Ahora los niños necesitan
Al saca mantecas vivo;
Para ello idearon
Una fotografía
Que en sus juegos pusieron
Y hasta parecía
Que seguía ayudándolos
Con Espíritu honesto.

MUJER SOLITARIA

Con dos niños se quedó viuda
Una madre, que a sus hijos
Los quería con locura,
Con todas sus fuerzas los quería.
Para que no se quedasen solos
Todo el resto del día,
Esa madre ha dejado
Trabajo y sociedad,
Estando bien considerada.
Aunque tenía un proyecto
De formar una empresa;
Aparcó aquel proyecto
En un cajón de la cómoda.
Se la veía lavar, fregar;
Llevar sus niños al colegio,
Se la veía sin parar
Resolviendo las apuestas

Que la vida le daba
Por encontrarse sola,
Sola y sin alguien más
Que no fuesen sus dos niños;
Sus Ángeles y bienestar.
Al correr el tiempo sacaron
Esos niños dos carreras,
Se vieron grandes en la sociedad
Y a la madre la llevaron
A una casa cualquiera
Que tenían destartalada
En una calle olvidada.
La madre se vio desamparada,
Sola en la vida esa
Que la pusieron los hijos;
Pues les estorbaba en sus planes.
La madre no se arredró
Considerando el trabajo
Como mejor solución,
Para salir adelante.
Con tan buena ocasión,
Que la madre trabajó
Donde antes trabajaba
Y hasta en el escalafón
Se elevó,
De tal manera la hablaban.

-. Lo que usted diga, señora.

Así sus operarios la hacían

Súbito caso a ella,
Al ver su valía
Y sus ganas de vivir
En la vida con armonía.
Era ingeniosa y acertada
En lo que ella decía;
Era una gran señora
Desde los pies a la cabeza.
Hasta un día consideró
Seguir con el proyecto
De empresa que diseñó
Un día en su cabeza.
La llevó a cabo la empresa,
Con tan buena suerte
Que compró la que trabajaba
Anexionándola a la suya
Con una supina trama.
Eran días muy penosos
Para el que trabajaba;
Se despedían a las gentes
Por una crisis abultada,
Que había en la Nación,
Viéndose que no se recuperaba.
Pasó un día y otro día,
Pasó el tiempo infinito;
Pero su empresa
En pie se veía que estaba.
No pasó más tiempo;
Pues ella sabía que estaban
Sus hijos en ella de prácticas,

En su empresa trabajando:
Pero no los quería decir nada
Hasta ver cómo trabajaban,
Pese a su carrera
Y corta experiencia,
Los dejó que trabajaran.
Hasta que un día entró
En el despacho donde estaban
Sus hijos juntos con otros
Operarios de su empresa.
Aquella señora había cambiado
Todo el físico y sus gestos,
Aquella señora no la conocían
Por más signos que ella dio
Y por más gestos
Que ellos hicieron.
No podía dejar pasar más
Tiempo sin presentarse
A sus hijos del Alma,
Aquella señora que formó
Una gran empresa
Cuando ella se vio
Como una perrilla en la calle.
Los hijos se alegraron
Al saber que era su madre
La presidenta la empresa
En la que ellos trabajaban,
Acogiendo a su madre
En su casa de buenas ganas.

POR UNA CALUMNIA

Eran felices los dos
Cuando ellos se juntaban,
Eran dichosos del todo
Cuando juntos estaban.
Se llamaban, se llamaban
Para ir al cine,
Para irse al campo de fútbol
O pasear en la plaza.
Intercambiaron regalos,
Se veía que se amaban;
Todo el mundo lo veía
Con esa triste añoranza,
Del que se amó hace tiempo
Y ahora ya ese fuego
No arde con aquella llama.
Alegraban a las gentes
Que a ellos se acercaban,
Siendo el reto del presente
En la que ellos se amaban.
Fiestas y jolgorios activos
Iban los enamorados,
Fiestas y bailoteo
En todas partes se encontraban.
Un día que asistieron
A una gran velada;
A una fiesta supina
Que los amigos daban,

Se perdieron de vista
Por llamarle los amigos
A su querido del Alma
Y las amigas queridas
La llevaron a su amada.
Siguió la velada,
Siguió la fiesta en la casa;
Hasta que uno de ellos
Llegó dando palmas.
Llegó a donde se encontraban todos,
La mayoría de las gentes
Diciendo con satisfacción:

- No hay quién se me resista.

Significando de modo,
Que ese chico ha logrado
Los amores con una chica
A la que quedó colgada
De amores y quererse
En las dependencias de arriba;
Pues el no hacía
Mas que mirar a las escaleras,
Hasta que apareció
Esa chica ilusionada
Con el joven sus amores,
Que no con otro, para nada.
Al chico se le cayó
El Espíritu al suelo,
El ánimo se le desinfló

Yéndose a su casa por ello.
Sin decir una palabra
El chico salió a la calle
Con su Alma agobiada;
Mientras que la chica quedaba
Como quien ve visiones,
Sin saber lo que pasaba.
Posteriormente un día
Aquella chica se enteró
De por qué su chico no la llamaba.
Cayó enferma la chica,
Y pese a que otro chico
A su enamorado hablaba
De calumnias recelosas,
El chico sordo a las palabras
Que le decía el amigo,
De la chica se alejaba.
No salía a la calle
La chica de su Alma;
Solamente se la veía
Cruzar a la Iglesia
Para pedir ayuda
A todos los Santos del Cielo.
Pero mientras tanto
La calumnia
Hacia mella en ellos:
La chica se moría
Por amor a ese chico,
Y el chico no podía
Perdonarla el devaneo

Que trajo un día
Con el gracioso su amigo.
Hasta el Cura intervino
Al enterarse de todo;
Hasta el Cura habló al querido
Chico de buenos modos.

- Si te dan en un carrillo . . .
- Sí padre: Hay que poner el otro.
- Pero si acaso no te han dado:
¿Qué pones al final del todo?.
- El perdón más refutable
Concedido de buena gana;
Si acaso nada ha hecho
A esa chica desgraciada.

Agachó la cabeza el chico
Marchándose a su casa
Para salir aquella tarde
Y con deseos la buscaba.
La encontró, la encontró
En el Hospital
Debatándose entre la muerte
A su chica de su Alma.
Abrió la puerta y la vio
Tumbada a ella en la cama,
Abrió la puerta y pasó
Para en sí agarrarla
De la mano inocente
Aquella chica que se encontraba

Postrada en aquella cama.
 La chica al notarle
 Respiró profundo
 Un soplo de aliento
 Llenando sus pulmones
 Para erguirse al instante
 En aquella cama que estaba,
 Sin respirar por no poder
 Que le entrase aire
 En los pulmones.
 Se puso bien esa chica
 Paseando con el chico,
 Siguieron siendo los de antes;
 La envidia de todo el mundo,
 Pasito a pasito adelante.

LA NIÑA PERDIDA

Bella como esa niña
 No había otra
 En toda la comarca;
 Tan bonita, tan bonita
 Con sus rizos de gloria.
 Jugaba como todas las niñas,
 Al aro, a la comba;
 Jugaba y , ¡cómo jugaba!,
 Si parecía que era
 La misma reina de Saba.
 Jugaba, también, con una perra

Que tenía en su casa,
Cogiéndose tanto afecto
Entre ella y su perra
Que no se separaban.
Pero un día la niña
No se supo qué pasaba;
Pues a casa no había acudido
Aquella misma mañana.
No acudió a la comida,
Ni a la cena acudió;
Solamente a la perra
A ella sola se la vio.
Hacía por que se la siguiese
Sin conseguirlo, ¡por Dios!;
Las gentes la espantaban
Con una interjección.

-. ¡UF!: Vaya chucha;
vete por ahí.

`La perra languideció,
Se quedó triste y sola
Sin la chica, ¡vaya dos!.
A la perra no la vieron
En un par de días;
Solamente se echó que faltaban
Panes y alguna que otra comida
La madre de aquella chica,
En la alacena de amor.
Salieron por aquellos campos

Para buscar a la niña,
No pudiendo encontrarla
En ninguna parte metida.
Hasta montó la guardia
La madre de aquella niña
En la alacena, se diga
Que seguían faltando los alimentos.

Y como aquella perrita
Hacía por que la siguiesen,
Daba saltos alrededor;
Corría para adelante del todo
Volviendo sobre sus pasos.
Pero a la perrita no hacían
Las gentes mucho caso;
Hasta que un buen día
La madre vio que se llevaba,
De la alacena metida,
Los alimentos esa perrita.
Consultaron entre ellos
Las gentes de la perrita,
Creyendo que fuesen para ella;

Para la bella niña.
Ya sabían que estaría
No muy lejos de allí
Aquella niña metida,
En cualquier parte, que sí.
Volvieron a salir al campo
Llamando a la perrita,
Y entre ladridos y aullidos
A la perrita encontraron

Haciendo guardia a la niña,
Que estaba caída en un pozo.

LA CAPILLA GÓTICA

En una casa de campo
Solariega y señorial
Había una capilla,
Capilla Gótica de estar.
La familia era buena,
Religiosa y con bondad;
La familia acostumbrada
A llevar su vida ideal,
Sin contratiempos que se dan
En esta vida, en algunas
Familias que no hablan
Entre ellas para nada.
El padre quería a la madre
Y la madre al padre
Le quería con ansiedad.
La madre era dichosa
Era bella, joven y alegre;
Era una diosa la madre,
Era una dicha inmortal.
Hasta que un vecino
Se prendó de la madre,
Entablado amistad
Con las gentes de la casa
Logrando hacerse con su bondad;

Cautivándolos con preces.
Ese hombre enamorado
No sabía lo que hacer,
Por lo celoso que estaba;
No sabía lo que idear
Para hacerse con los favores
De la señora la casa.
Pensaba una y otra vez,
Ese hombre enamorado,
En la Capilla Gótica;
Pensaba, ¡haber qué pensaba!
Un día dando un paseo
Ese hombre se le llevó
Al padre cerca la capilla
Invitándole abrirla;
Pues hacía tiempo no se hacía.
Rechinando aquella puerta
Fue abriéndose poco a poco,
Hasta que consiguieron
Entrar en ella.
Tres escalones había
Hasta bajar a la capilla
Y el padre los bajó
Corriendo y por la trocha.
Se quedó conmocionado
Aprovechando aquel hombre
Ese instante para atarle
A un capitel que había
Cerca del Altar.
Una estatua presidía

Aquel hecho malvado,
Que de una mano saldría
Para dejar allí a su amo.
Le buscaban, le buscaban
Por todas las partes
Al marido de aquella señora,
Que en un capitel atado
Se encontraba sin saber
Qué le había pasado.
Su caballo se escapaba
Llegando a la pared la capilla
Y dando una pata
Quería abrir brecha;
Pero las gentes no le entendían.
Hasta que un día un pastor
Vio al caballo dando coces
En la pared la capilla,
Arrimándose con precaución
A donde estaba el caballo,
El pastor escuchó
Unos quejidos, que de un pecho
Salían sin fuerza ninguna.
Logró no hiciese ruido
El caballo en su empeño,
Para quedarse oyendo
De dónde procedían
Esos quejidos que sin aliento,
Una persona daba;
Como auxilio el pidiendo
Para alguien que le oyera

Cerca su prisión Divina,
Pero también mortal
Para sus pocas fuerzas
Que tenía.
El pastor salió corriendo,
Detrás el caballo celoso
De ver liberado a su amo;
No pensando ni parando
Hasta llegar a la casa,
Dando cuenta a la señora
De que allí había alguien.
Abrieron aquella capilla,
Las fuerzas del orden la abrió;
Encontrándose en ella
Agotado al señor.

PROMESA INCUMPLIDA

Siendo devota de la Virgen
Una señora hablaba
De ofrecer un buen regalo
Para aquel que lo necesitaba.
Al más necesitado del pueblo
Le ayudaría con ganas
Si su hijo se curaba;
Pues estaba postrado en la cama.
El hijo sí se curó;
La promesa no llegaba
A cumplirse como dijo

La madre de aquel niño,
Que a un pobre ayudara.
El niño jugaba contento,
Saltaba el niño en la calle;
Cuando un pobre llegó
A su puerta
Pidiendo una limosna
Que la madre no le daba.
El niño seguía jugando
Con todos sus amiguitos;
Pero al cabo de aquel día
El niño languideció.
Se sintió malo el niño,
Sin saber qué le pasaba;
El niño sin pasarle nada
Cayó enfermo el niño.
La madre no sabía las causas
De por qué su niño,
Enfermo el se encontraba.
Una luz de panoplia
Que en una taza estaba,
Velando a una Virgen
En la Capilla se reflejaba.
Parecía que la llamaba
A la Capilla de la Virgen;
A la madre la llamaba.
Se acercó a la Capilla
La madre bien pertrechada;
Por saber de lo que se trataba.
Hasta la mirada la Virgen

Estaba siendo otra;
En ella la transmitía,
Con esa mirada altiva,
Que la faltaba hacer algo
Para salvar a su hijo.
La madre se quedó pensativa,
Con las manos en el monedero;
Le apretaba, le apretaba
Como queriendo no hacerlo.
No quería soltar el dinero
Que un día prometía
Delante la imagen la Virgen,
Y ahora la Virgen
Se lo está exigiendo.
Aquella señora se fue
A la periferia del pueblo,
Donde había una persona
Que falta le estaba haciendo
Le ayudase alguien
Con viandas y dinero.
Le dio dinero al pobre,
Le alimentó de lo lindo
Y antes que de allí saliese,
Llegó el niño jugando;
Porque bueno se encontraba,
Sintiendo aquella gracia.

AQUELLA FRÍA ESTACIÓN

Me encontraba solo,
Muy solo
En una fría estación
Una noche de invierno.
Aquella luz mortecina
Me comenzó a intimidar
La susceptibilidad supina;
Pues me provocaba un pesar
En mi Alma, que en sí
Atina a pasar ese trago
Del pobre viajero solitario.
En aquella ventana
Las cristaleras eran cortas,
No eran grandes los cristales
Y como se había provocado
Un vaho mortecino,
A penas se veía al trasluz
Lo que pasaba afuera.
Eran formas muy marchitas,
Aquellas formas se veían,
Eran formas indefinidas
Las que se veían a través
De los cristales empañados.
Creía ver a un hombre alto
Con sombrero en las manos,
Con un abrigo de paño.
Creía ver una mujer
Con cofia y gestos cortos,
Que se podían ver
A través de la ventana.

Volar después a unos pájaros
En las afueras de la estación;
Mientras la luz mortecina
Se apagaba sin remisión.
Al salir a las afueras
De aquella sala de espera
Pude darme cuenta
De qué se trataba:
Era un árbol enorme
Que sus ramas movía
Al son del viento llamaba
A todas esas formas
Que yo pude ver esa noche,
Sin saber si fue verdad
El espectro me presentaba
Aquel árbol enorme
En aquella gélida noche,
En la sala de espera
De una estación solitaria.

MALOS TRATOS

Era una familia allegada,
Era una familia agraciada
Aquella familia buena
Que por sus virtudes
Y por su gracia
De todos se significaban.
Paseaban todos juntos,

Por la plaza, por la calle;
Iban a ver espectáculos
Comprándose palomitas
Y riendo sin descaro.
Eso cara al público;
Puesto que cuando dentro estaba
De su casa ese padre
Recto como un guate
Los ponía a los niños,
Sin motivo y con alarde.
Fardaba de tener rectitud
En sus hechos y en su arte,
Ese padre, ese padre
Que los había reñido antes
Sin tener mesura en ello,
Asustando a la madre.
Las gentes en sí los veían
Como ejemplo buenísimo;
Los veían una familia
Unida como ella sola
Y satisfecha de todo.
Eso cara al público;
Pues cuando en casa estaban
El padre los reñía
A esos hijos con ganas;
No sabiendo cuando dejarlo,
Y en qué proporción hacerlo.
Salían, sí que salían
A la calle bien modestos;
Como si se llevaran entre ellos

La mar de bien por supuesto.
Malos tratos, malos tratos
El padre en sí los daba
A esas criaturas indefensas,
A esos niños asustados.
Un buen día el padre
Dando un paseo por el campo,
Vio aproximarse a el
Un ave desconocida.
Tenía en las patas dos garras
como si fuesen manos;
la cabeza de persona,
el cuerpo largo
y alas fuertes y cortas.
Renegreaba el ave
En aquel Cielo azul,
Renegreaba sin saber
El hombre por qué lo ve,
Si nadie le había visto todavía
Como el lo detallaba tan bien.
Renegreaba su cuerpo
Y cerca de el abrió
Su pico fornido
Emitiendo un ruido
Que de el ave salió.
Retumbó por todo el campo
Ese graznido que dio;
Entendiendo ese hombre
El mensaje que salió
De aquel ave, fornida,

Sin hablarle le entendió.
Llegó a casa besando
A sus hijos de buena gana;
También los acariciaba,
Cuando escuchó una vez más
El graznido de ese ave
Como si se despidiese;
Con un chillido bronco
Apagándose poco a poco,
Para quedarse en silencio,
En paz y gracia de Dios.

ENAMORADOS DESDE NIÑO

Poco más o menos
Tenían seis años,
Estando enamorados
Unos de otros en la vida.
Poco más o menos
Los pañales los habían quitado
Hacía poco tiempo
A las dos criaturas.
Y ya sus cariños
Se cruzaron sin mensuras.

-. Madre: ¿Qué bella que eres!.

Decía el niño a la niña;
La niña le hacía la corte

Igual que el niño a ella.
En unas vacaciones
Se le llevaron al niño
Lejos de aquella niña,
Hasta que por fin estalló
En el niño la medida.
Quería irse con la niña
Al pueblo donde vivía;
Y la niña le llamaba
Por teléfono todos los días.
Jugaba el niño con amiguitos,
Tenía un grupo enorme
De amigos cerca de él;
Pero sin ninguna dicha.
Hasta que por fin volvía
Al pueblo donde vivía,
Aquel niño se alegraba
De poder ver
A la niña de su Alma.
Crecieron juntos los niños
Sin un disgusto a sus plantas;
Crecieron en ese ambiente
De cariño y esperanza.
Campanas tocan a boda
En el campanario de su pueblo;
Los niños felices se casaban,
Asistiendo todo el pueblo
Y ahora dos niños tenían
Preciosas como las damas
Una de ellas,

Siendo el otro un varón
Que los alegraba el Alma.
Al pasar el tiempo,
El tiempo;
Se hicieron mayores los niños,
Juntos ellos se alegraban
Por ver el declive su vida
Al lado uno del otro
Sin contemplar acechanzas.
Así en su casa vivían,
Sin quererse irse de allí;
Aunque para andar
El uno en el otro se apoyaban.

VISITA A UN CASTILLO

Yendo de visita un día
A un castillo cualquiera
Me quedé sorprendido
Por la infinidad de sus gestas.
Allí una coraza
Mostraba gestas más buenas,
Como nunca se hicieron
En aquella bella tierra.
Allí un armazón
La historia enseñaba,
Las luchas que había resistido
En aquel tiempo pasado.
Hasta en algunas dependencias

Encontramos resquicios
De mazmorras ocultas,
Con sus garfios y suplicios.
El foso lleno de agua,
El puente colgante y macizo;
Como tienen los castillos.
Pero lo que no creí
Que encontrase ese hado
Permanente en el castillo:
Esa aureola furtiva
Con que todo el mundo ve
Las hazañas de los siglos.
Ese espectro que no se ve
Si pasas de el corriendo;
Esa aureola altiva
Con que todos se cuidaban,
Los señores del castillo.
Yo sí puedo ver
Ese fantasma cautivo,
Andar por las dependencias
Como si fuese el amo;
El amo de aquel castillo,
Hasta que comencé a despertarme
En las dependencias con motivo;
Me había quedado dormido.
Entre aquellas sombras veía
Visiones que no las ve
El que es pobre de Espíritu.
Yo conseguí ver
Aquellas sombras furtivas,

Reflejadas en la pared
De aquel enorme castillo.

TE RECUERDO

Te recuerdo a ti
Todos los días de mi vida;
Aunque yo me separé
De tu persona Divina.
Me fui a vivir
Lejos de donde tú estabas,
Sin olvidarme de ti.
Te esperaba, te esperaba
Y nunca quise decir
Que algún día nos casaremos,
En cuanto vuelva aquí.
Pasó el tiempo ingrato,
Pasó ese afán por verte;
Al cabo de muchos años
Supe te habías casado
Con un hombre de tu agrado.
Monté en cólera y me fui
A buscarte yo a ti;
Monté en cólera que sí
Creí fueses para mí.
Al ver todo lo contrario
Contraté a una persona
Que sabía tratar los amores
Como nadie en la vida.

Con tanto acierto lo hizo
Que en pocos días te tuve
Cerca de mi persona,
Aunque tu persona venía
Como una flor reventota
En tus entrañas metida.
Embarazada y todo
Las gentes a ti te veían,
Seguirme a mí los pasos
Por las calles y enseguida
Todas esas gentes
Criticarón ese hecho;
Sin saber quién lo hacía,
Era el caldo de cultivo
Que te había dado a probar
La persona consentida.
Empecé a tener yo miedo,
Creí no obrase yo bien;
Ya que estaba desuniendo
Un matrimonio también.
Pero era mucho mi cariño,
El que yo te tenía;
Que me olvidaba de todo
En cuanto yo te veía.
Poco a poco fui cayendo
En un mar de agonía;
No podía ni dormir
Una hora al día.
Era tanta mi pesadumbre,
Que algo se apoderó de mí;

Yéndome a pedir consejos
A un confesionario con fe.
Salí de allí curado
Por los consejos del Cura;
Salí yo andando
Hacia mi nueva aventura.

EL RELOJ

Todas las horas del día
Le escuchaba dar
Esas campanadas
Anunciando que se da
Otra hora en ese tiempo,
En ese reloj de pared.
El carillón es completo
Y se puede hasta querer
Por anunciar las horas,
Que daba en la pared.
Cada hora que el daba
Me sobrecogía sin saber
Lo que el me quería
Decir, yo sin saber.
Por la noche esa hora
Que daba en cada tiempo;
Me producía un pesar
Ese ruido que formaba
Al anunciar la hora
Que daba en la pared.

El carillón me hablaba
Sin palabras que me digan
Alguna cosa que haga
Mi persona en aquel tiempo.
Yo sobrecogía mi Alma;
Cuando a todas horas daba
Esa hora que en sí era,
Pero queriendo decirme
Algo que yo no sabía
Lo que me quería decir.
Aquella noche tenebrosa,
Cada vez que el reloj daba
Cada hora en su tiempo;
Parecía que decía
Algo que yo no siento.
Tanto fue así,
Que me encomendé
A lo alto de los Cielos,
A la Virgen mis plegarias
Llegaron sin remisión.
Al momento el reloj
Dejó hablarme a mí,
Con ese hado supino,
Con esa irreverencia
Como a mí me hablaba
Hasta que elevé a la Virgen
Un rezo de amor por eso.
Aquella noche descansé;
Después de rezar a la Virgen,
Como nunca descansé:

Después de estar yo solo
En mi habitación durmiendo,
Aquella noche descansé.

SOLITARIO

Una noche en el campo
Paseaba solitario
Por esos caminos desiertos;
Cuando creí ver
Un gigante muy pelado
Moviendo los brazos así.
De una parte a otra
Movía aquel gigante
Los brazos en ton de son,
Como queriendo decir;
Aquí me encuentro yo.
Desvié mi camino
Para otra parte,
Yendo a dar con un arroyo
Que al saltar corriendo oía
La fuerza del agua al saltar
Una pequeña catarata
Que a su paso se ponía.
Oí que me hablaba
Esa agua misteriosa,
Oí tantas cosas
Que me separé de allí.
Seguí mi camino adelante

Con tanta predisposición
Que las sombras me anunciaban
El paso me lo tapaba
Cien caballos alrededor.
Aquellas peñas hacían,
Aquellos hitos que sí,
Como si delante de mí
Tuviese yo un ejército
Dispuesto a combatir.
Me fui, me fui, me fui;
Me fui de aquel lugar
Sin ganas de combatir,
Solamente pensaba
En escaparme de allí.
A pocos pasos que daba
Otro evento yo vi,
Vi que se me arrimaba
Un tropel de cosas, que sí:
Vi rodar por el suelo
Pavesas de corto empeño;
Vi que no era el dueño
Para dominar aquella situación,
En la que yo me vi.
Hasta corrí para salir
De aquel sitio maltrecho,
Entonces fue cuando vi
Me llamaban con despecho
Enanos cerca del suelo.
Era un campo misterioso,
Era un gran hervidero

En donde crece la hierba
Movida al son del viento.
Espectros, siempre espectros;
En el campo por la noche
Se ve sin tú quererlo.
Espectros, siempre espectros,
Espectros se ven en las formas
Virtuales y confesas.

LLAMADORES

Aquella casa tenía
Llamadores en su puerta;
En aquella casa había
Llamadores que alertan
Si alguien quiere pasar
Adentro de la casa.
Una persona había,
Una sola en aquella casa;
Pero con carácter fuerte,
Renegada de la vida.
Maltrataba a los niños
Que en su puerta se paraban,
Los quería hasta pegar
Sino salían corriendo.
Era perversa y malvada
Aquella persona furtiva,
Era una gran desdicha
Con esperanzas maltrechas.

Tal fue su rabia y desdén
Con los vecinos del pueblo;
Tal fue su poco decoro,
Que su Espíritu no se veía quieto
Por más que la aconsejaban
A esa mujer todos los días.
Una noche de invierno,
Comenzaron a llamar
Los llamadores a la puerta;
Pero cuando ella abría
Allí no se encontraba nadie
Queriendo entrar en la casa.
Así una noche y otra;
Así cada día
Llamaban los llamadores
A la puerta su desdicha.
Así una noche y otra
Aquella mujer abría
Su puerta para dejar pasar
A la persona que llamaba
Con gran interés, marchita.
Los nervios ya ateridos
Tenía aquella mujer,
Con tanta preocupación,
Que no podía dormir
Rezando a las Ánimas Venditas.
¿Sería algún Alma en pena,
la que arrastrando sus culpas
llamase todas las noches
a su puerta, con apuros?.

Sería; tal vez sería,
Algún Alma en pena,
Que llamaba a deshora
Con interés en su puerta.
Pero la realidad del cuento
Otra era todavía;
Pues con un hilo atado
Al llamador llamaban
Los niños de aquel pueblo.
El hilo, fino y delgado,
Negro como el era;
De noche no se veía.
Con eso consiguieron
Que rezara aquella señora
Todas las noches a las Ánimas,
Elevando las plegarias
A lo alto de los Cielos.

EL MATRATODOR DE ANIMALES

Había un hombre maltrecho,
Corto de cerebro;
Con los ánimos por los suelos.
Había un hombre estrecho
De pensamiento;
Era todo su cuerpo,
Un poema mal hecho.
El genio que tenía
Aquel hombre en el cuerpo

Era mucho ese genio;
Que animal que veía
Le maltrataba directo.
A patadas, a pedradas,
A palos los recibía
A esos animales
Que a su paso se encontraban
Sin un adiós que decir:
Por nada, por nada
Los maltrataba.
Cada día que pasaba,
Cada día tenía más rabia
En su cuerpo metido;
Que a los animales maltrataba
Con más rabia
Y con ceño,
Cada día que pasaba.
Solo el se calmaba
Cuando estaba a solas,
No cruzándose ningún animal;
Entonces el se calmaba.
Un día que salió a dar
Un paseo por el campo
En una fosa cayó,
No pudiendo el salir
De aquel agujero profundo.
Burros, perros y gatos
Acudieron aquel pozo
Para ver si le sacaban
Al hombre que los maltrataba,

No podían consentir
Portarse igual que el;
Por eso acudieron allá
A sacarle por los pelos.
Al cabo de cuatro días
Consiguieron arrimar
A la boca de aquel pozo
Un palo largo y seco,
Con no pocos esfuerzos
Entraron en aquel pozo
El palo para ayudar
Al hombre a subir
A la boca del brocal
Del pozo donde cayeron
El palo largo y seco.
Desde entonces ese hombre,
Cada vez que ve a un animal
Le ayuda y le acaricia
Con una fuerza impar.

ENTRE LAS DOCE Y LA UNA ANDA LA MALA FORTUNA

Con su panel de ropa
A la cabeza iban
Las señoras lavadoras
Hacia el río con su ropa.
Lavaban la ropa en el río,
La tendían en los juncos
Que había en la rivera

De aquel bello río.
Las piedras de silicatos,
Blancas que habían en el camino
Las marcaba las sendas
Por donde tenían que volver
Por las noches a las señoras
Después de haber hecho
Su colada en el río.
Pero como era un fatuo
Aquel solitario camino,
Todos los días veían
A una señora alta,
Vestida de negro supino.
Las daba unos pellizcos
Que la piel las levantaban
A esas señoras que iban
Con la ropa a cuesta
Hacia su pueblo querido.
Una exclamación hacían
Se parase el maleficio:

- ¿Sálveme la Virgen María!.

De repente ha parado
Todo movimiento furtivo,
Que había en el camino.
Un día y otro día,
Las señoras se encontraban
Con aquella otra señora;
Que alta y de negro

Se cruzaban en el camino.

Un día y otro día

Se oía la jaculatoria

Que a voces pedían a la Virgen:

- . ¿Sálveme la Virgen Vendita!.

Así ellas se salvaban

De aquel maleficio

Que se encontraban en el camino;

Con esa jaculatoria

Las lavanderas lograban

Llegar a sus casas sanas y salvas

Con no menos sacrificios.

Pues a la luz de una vela

Lograban llegar

Al principio del pueblo,

Donde no pasaba nada.

EL NIÑO EN LA FERIA

En una feria de barrio

Un niño se acercó

A una máquina de juego,

Sin saber que esa máquina

Era mágica por supuesto.

El niño jugaba y jugaba

Sin saber lo que le deparaba

La suerte que de allí sacara.

Puntos tras puntos la máquina
Al niño bueno le daba;
Hasta que el niño ganando
Ciertos puntos en la máquina
Que al momento se transformaban
En un viaje misterioso
A través del tiempo se hallaba.
Viajó por montes y cerros,
Viajó por países lejanos;
Hasta que se le terminaron
Esos puntos que sacara
De aquel artefacto, artilugio;
Parándose en una casa
De un país tan bello,
Que el niño no se acordaba
Volver a su hogar,
Con su familia en casa.
Aquella casa tenía
Espejos en las paredes,
Mármoles y columnas
En todo sitios se encuentran.
Oía el niño una música
Agradable y con cadencia
De ser una gran orquesta,
Que le elevaba, elevaba
A las nubes de algodones
Donde el niño jugaba
Con infinidad de juguetes,
Pasándosele el tiempo allí
Tan rápido que no era consciente

Se pasasen horas y horas
Jugando con los juguetes.
De momento vio llegar
A otro niño hacia el;
Le esperó para hablar
Algo con aquel niño.
El nuevo niño no respondía
A nada que le preguntaba;
Una vez abrió la boca
El niño misterioso
Para poderle decir:

-. Vuelve a tu casa;
no pases más tiempo aquí.

Nuestro niño miró a los ojos
Al niño que en un buen rato
Se presentó allí,
Para instigarle a volver
A nuestro niño a su casa.
Nuestro niño fue contento,
Al encontrarse en casa
No olvidando nunca
Lo que al niño le pasaba.
No olvidó nunca
Ese viaje Astral
A través del tiempo, su Alma.

EL CUERVO

Había un cuervo muy negro
En aquellos bellos parajes;
Había un cuervo graznando
A todas las horas allí.
Los niños no sabían
Lo que quería decir
Aquel cuervo que graznaba
A todas horas que sí.
Los niños en sí le miraban
Sin saber qué quería decir
Aquel cuervo a los niños
Acordándose de aquí.
De ese paisaje estepario,
Sin árboles ni hierba fresca
Donde pudiesen jugar
Esos niños que se aquejan
De no verla allí.
Cada día se acercaba
El cuervo a ese sitio,
Traía una semilla
Guardada en su pico.
La dejaba caer
En tierra esa semilla;
Y así un día tras otro,
Hasta que germinando las semillas
Nacieron los frutos bellos
Que en esa tierra se dieron.
Reverdeció la tierra
Por nacer una hierba,

Verde como no había otra,
En aquella tierra seca;
Pero que se volvió fértil
A causa de esas semillas
Que el cuervo, el, traía
Todos los días a ella.
Hierba, frutos y niños
Se congratulaban al ver
Esa tierra verde y fresca;
Que hasta un hilo de agua
Comenzó a brotar,
Un hilo en esa tierra.
Ese hilo se transformó más tarde
En un arroyo imponente;
Dando paso a una corriente
Transformándose en río.
Río, hierba, árboles y frutos
Daban compañía a los niños;
Pareciendo otro terreno
Ese sitio tan marchito,
Como era antes la tierra
Que en ese lugar vimos.
Pero ahora es tan bella
Esa tierra donde viven
Esos niños tan bonitos,
Que juegan todos los días
Con Espíritu de amiguitos.

LE FALTABA UNA MANO

Un niño jugaba, jugaba,
Con los demás niños;
En la calle jugaba
Y le faltaba una mano.
Los otros niños le apartaban
Para no hacerle daño;
Pero el se empeñaba
En jugar con sus amigos
Como ellos jugaban.
Veía que no le querían
Hacer ningún daño;
Pero el se empeñaba
Ser igual que los otros
Niños con quien jugaba.
El niño se hizo hombre,
Hasta se casó con una chica
Mona y apañada.
El niño había estudiado
Una carrera muy buena,
Posicionándose en la sociedad
Como nadie se ha elevado.
El niño en la sociedad
Era alguien en la vida,
El niño tenía cordura,
Sentimiento y ternura;
Así cuando llegaron
Los otros niños a pedirle
Ayuda para los suyos,
El niño hizo más que pudo

Ayudando a esas familias.
Se desvelaba por todos
Sus amigos de la infancia
Y ellos le empezaron a tratar
Como uno más
En medio de la sociedad.
Ese niño quebradizo,
Ese niño débil
Se hizo, el niño, fuerte
Ante sus gentes querido.
Ya no parecía
Que le faltaba una mano;
La inteligencia la suplía
A esa falta de mano.
No hay que acongojarse
Por la disminución corporal,
Si a caso hay inteligencia
Con una forma ideal.
Hay gentes que no se arredran
En la vida por nada;
Suplen esa minusvalía
Con su inteligencia altiva.

EL LOBO

Con piel de cordero
Se disfrazó el lobo
Para meterse en el medio
De las ovejas preciosas,

Blancas como un copo de nieve.
De piel de cordero
Se disfrazó el lobo,
Para comerse a las ovejas
Cuando se descuidase el pastor;
Pero un perro sabio
Que había en la majada;
Oliendo, oliendo
Cogió al cordero,
Al lobo maldito
Allá en el cerro.
Corrió el lobo
Metiéndose en el redil
Y mientras el perro
Sacó las ovejas
De aquel redil.
Una a una oliendo
observó quien era
El lobo cordero.
Gracias a las carrancas
Ganó el perro,
En la pelea
Que echaron entre ellos.
El rabo entre las patas
Salió corriendo
El lobo maldito,
Por montes y cerros.
Desde aquel día
El perro la guardia
Formaba al viento,

A la luz de los Luceros.

El perro, el perro

El redil vigilaba

Dando vueltas y vueltas

Las noches completas.

Alguna noche

Parecía que llegaba

El olor a lobo,

Que le parecía al perro.

El amo reñía,

Reñía al perro

Por no verle

Cerca de la casa;

Creyendo se escapaba

Por aquellos contornos,

Ató al perro.

Maldita la gracia

Las hicieron a las ovejas;

Pues así atado

El perro indefenso:

Llegó el lobo

Matando a varias ovejas

En un cierto tiempo.

También atacó,

Atacó al perro

Aquel lobo maldito,

Se fue riendo.

El amo entendió

Lo que hacía el perro,

Poniéndole comida

Y curándole las heridas;
 Se curó el perro,
 Viviendo feliz
 Entre las ovejas.

Majada: Donde vive el pastor con las ovejas.

Redil: Donde se encierran las ovejas por la noche, en una especie de vallado.

Carrancas: Un collar metálico con púas al cuello del perro.

EL BRAVUCÓN

Había un hombre en el pueblo,
 Tirando bravatas al viento;
 Había un hombre aguerrido,
 Corpulento y fornido.
 Decía, que no le daba miedo
 Nadie, ni ninguna otra cosa
 En éste Mundo de gentes,
 Aunque fuesen perniciosas.
 Con uno y otro se batía
 El cobre, el pecho se rompía
 Para demostrar su valía.
 Todas las gentes le temían
 Por la preponderancia presentada
 Por ese hombre a otros hombres,
 Al cruzarse con ellos.
 Todo el mundo le rehuía,
 Todas las personas no querían
 Cruzarse en su camino

De ese hombre que había
Bravucón como ninguno.
Un día dando un paseo
Por el campo se atería,
Al enzarzarse con unas zarzas
Que en el camino había.
Se había echado la noche
Y aunque el quería
Desligarse de esas fuerzas,
El en sí no podía.
Ni podía mirar para atrás
De lo acobardado que se veía;
Así haciendo fuerzas
Toda la noche supina
La pasó queriéndose ir de allí,
Pero el hombre no podía.
No miraba para atrás,
Ni ponía coraje por irse
De aquel sitio que está
Retenido por unos brazos
Robustos y fuertes;
Hasta se orinó el hombre
De miedo que el tenía,
Pero cuando llegó el día,
Con mucho disimulo
Miró el hombre para atrás
Viendo lo que le retenía.
Con impulso y voz fuerte,
Pegó una patada en el suelo
Diciendo algo imponente:

- Si hubieses sido un hombre,
te había rasgado aquí mismo.

Así el bravucón
Vio que el no podía
Con las cosas de éste Mundo
Por bravura que tenía.

ENAMORADO

Había un chico enamorado
De una chica bellísima;
Pero al ver a cada chica
Se prendaba de ella.
Un mes con otra
Ese chico no paraba
En rama verde que había
En su gracioso barrio.
Las chicas ya le rehuían
Por no verle sensato
En conformidad con su vida.
Empezó el chico a estar solo,
Creciendo el chico enseguida;
Viendo que los amigos
Uno a uno se casaban,
Pero el no tenía novia.
Se veía el chico solo,
Sin ninguna compañía;

Se veía solitario
Con su Alma, con su vida.
Ese chico siendo hombre
Ya no paseaba,
Ese chico no tiene nombre
Lo que hizo con su vida.
Vio crecer a los hijos
De sus amigos y amigas;
Vio formarse los hogares
De las personas queridas.
En un viaje encontró
Una chica modosita;
El chico se prometió
Serla fiel en su medida.
La chica le empezó hacer frente
A sus promesas de amores,
Y ahora, aunque inocente,
El chico se ha casado
Con esa chica querida.
Formó un hogar;
Aunque tarde le formó,
Se comportaba como nadie
Queriendo a su familia.
A sus hijos los quería,
A su mujer regalaba
Flores y joyas
Haciéndose querer
Por su familia hermosa.
No hay más enseñanzas
Mas que te da la vida;

Esos hechos acaecidos
Que todos los días ves,
Los hagas tú o el otro
En tu tierra muy querida.

EL SOPLO DEL VIENTO

Aquellas noches de invierno,
Cuando sopla el viento
Parece que te habla
Sin palabras ni aliento
Para decirte nada;
Pero parece que te habla,
Te habla a ti con lamentos.
Ese viento sopla fuerte
En los cristales la ventana,
Pero si tú sales
A la calle te parece
Que te habla el viento.
Te habla sin decirte nada,
Sin grandes palabras
Que te digan:
Una ayuda yo te doy,
O un descanso te deseo
En esta noche de invierno.
En el patio la alameda
Se mueve al son del viento,
Dando una rama con otra
Provocando un lamento,

Que se mete en las sienes
Con Espíritu funesto.
Si tú le escuchas atento
A ese gracioso viento,
Podrás saber y entender
Qué es lo que mueve el viento.
Hasta hay un tiempo,
En que abras tú la boca
Pronunciando en secreto
Alguna palabra altiva,
Que de tu pecho sale
Con miedo por supuesto.
Al cabo de un buen tiempo
El viento y tú os compenetráis;
Es tan firme la voluntad
Que pones tú en el viento.
Y aunque te produce ansiedad,
Con un poco de reparo
Por escuchar tú decir
Alguna palabra al viento;
Poco a poco vas cogiendo
Esa buena amistad
Entre tu persona y el viento.
Gélida era la noche
Que el viento en sí soplaba;
Gélida tu persona
Se encontraba y estaba.
Pero tu cerebro pensaba
En una y mil cosas
Que a tu voluntad llegaban

Sin hablarte ni decirte
Palabra alguna en forma.

SOLITARIO

Era viejo, pero andaba,
Mi camión precioso;
Yo le arreglaba
Con Espíritu jocoso.
Era viejo: ¡Pero cómo iba!,
Mi camión por el lomo
De aquella carretera
De tierra y piedra, precioso.
Al subir aquella cuesta
Mi camión se paró;
No sabiendo lo que le pasaba,
Mi camión se paró.
Un sistema estepario,
Con alguna que otra pita
Y jara alrededor.
Me bajé de la cabina
Para ver qué le pasaba
En su gracioso motor.
Al bajarme vi unos ojos
Reluciente como el Sol;
Al momento comprendí
Que el lobo estaba allí.
Yo solo en la carretera,
Aunque faltaba muy poco

Para llegar al pueblo.
Así que decidí
Iniciar solo el camino
Para no estarme allí,
Y así por la mañana
Arreglaría el motor
De mi bello camión.
No me había alejado
Mucho de mi camión;
Cuando tres lobos yo vi,
Con ideas maliciosas
De atacarme a mí.
Decidí pronto una cosa;
Pues yo la decidí,
El encender el mechero
Para alejarlos de allí.
Al ver el fuego los lobos
De mi mechero en las manos
Se alejaron de mí;
Pero sin irse muy lejos:
Ellos me seguían a mí.
Rezaba a todos los Santos
Para que no se apagase
Mi mechero condasil;
De vez en cuando me daba
Un susto que yo sentí
En lo profundo mi Alma,
Pero yo conseguí
Llegar a las primeras luces
De mi pueblo en que viví.

Las luces de las primeras calles,
Espantaron a los lobos
Y a mi casa conseguí
Llegar sano y salvo,
Gracias a los rezos
Y a mi mechero condesil.

EL MENTIROSO

Había una persona altiva,
De esos de toma y rajás;
Había un hombre engreído
En mi calle donde vivo.
Salía al portal y lloraba
Sin consuelo ni alivio
Para su mala persona,
Dando pena a los vecinos.
Las personas creían
Que le pasaba a él algo
Y para ello decidieron
Hablarle como un hermano.
Hasta le regalaron
Dinero, ropa y casa,
Pagándole la hipoteca
Que tenía abultada.
El hombre llora, que llora;
Llorando entraba en casa,
En aquel piso comprado
Con ayuda de los vecinos.

Un día dijo que estaba,
Que estaba el muy malito;
Visitándole los vecinos,
Todos ellos, en su casa.
Uno a uno fueron llevando
Presentes en las manos;
Uno a uno le regalaron
Presentes por un valor
increíble, le regalaron.
Le vieron entrar en el Banco
Sacando un dinero importante,
Pero todo no quedó ahí;
Que a poco le vieron,
Le vieron a el competir.
Competía en carreras
Pedestres organizadas
Y hasta le vieron saltar
Con la pértiga a sus anchas.
Poco a poco los vecinos
Fueron haciéndole de menos;
Poco a poco y con tino
Esos vecinos quisieron
Les devolviese el dinero
Que ellos con mucho gusto
Le habían ayudado
En la hipoteca,
En la hipoteca del piso.
Se vio solo y sin amigos,
Se vio entre la nada;
Por ser falso y engañar,

Engañar a sus amigos.

EL ANIMALITO

Hostigaba un hombre a un perro

Siempre que le veía,

El perro le rehuía

Por montes y cerros.

A patadas se cruzaba

Ese hombre con el perro;

Y el perro dolorido

Con chillidos se alejaba

Sin hacer frente al hombre,

Sumiso como el solo.

Una patada y otra

Al cruzarse le daba

Ese hombre al animal,

Sin escrúpulo ni nada.

Un día que iba solo

El hombre por una calle;

Se le cayó una teja

En lo alto la cabeza.

Ese hombre ha caído

Todo lo largo en el suelo;

Ese hombre dolorido

Perdió el conocimiento,

En el suelo se ha caído.

El perro que vio eso,

Se acercó a él;

Le lamía los carrillos
Para hacerle volver en sí;
Pero el hombre sin sentido
Seguía estando allí.
Corrió el perro en la calle
A donde había personas;
Tantas filigranas hizo
Delante de esas gentes
Que le pudieron entender,
Algo les quería decir
Con esos saltos y brincos
Para iniciar una carrera
Como queriendo que le siguiesen
Para llegar a una cita.
Algunas personas de esas
Le siguieron en su camino,
Dando con el hombre tumbado
En la acera sin tino.
Le reanimaron al hombre
Las gentes que había llevado
El perro a su destino,
Comprendiendo ese hombre
Lo que vale un animal;
Máxime si es tu mejor amigo.
Desde entonces le hacía caricias,
Le daba también de comer
Y se preocupaba por el
Si acaso no le veía
En un cierto tiempo,
Cuando en la calle no le veía.

EL ANCIANO

En un lugar lejano
Vivía un anciano
Solitario y bonachón
Como era ese anciano.
Su edad no le permitía
Hacer las cosas que hacía
Cuando era joven él,
En su tierna juventud.
Le daban de espaldas las gentes,
Apenas le hablaban
Si se le cruzaban en la calle,
Con un adiós que no le daban.
Le hacían de menos las gentes;
Parecía como si su vida
Ya no valiese nada.
Pero él se las valía
Para seguir adelante
Con su longeva vida,
En su casa el presente.
Se hacía su colada,
Se arreglaba su comida;
Y hasta a los chicos daba
Caramelos y golosinas
Si se los cruzaba por la calle:
Ese anciano
Que en sus mentes,

De esos chicos,
Siempre estaba
El longevo imponente.
Un día hubo una crecida
En el río de su pueblo,
Volcando una barcaza
Con casi cuarenta personas.
El anciano fue corriendo
A donde surgió el accidente,
El anciano tomó vuelo
Con los ánimos por valiente,
Y uno a uno fue sacando
A los náufragos del río;
Pero cuando le fallaron las fuerzas
Cogió un cordel, una soga,
Para que no los llevase la corriente
A las personas en la barcaza
Y así logró retenerlos
Hasta que llegaron refuerzos
De las otras gentes.
Tantas fuerzas derrochó
Ese anciano en ese día
Que las fuerzas le abandonaron
En una senda perdida.
Se apartó de aquellas gentes,
Para que nadie le viese
Abrazar al Divino,
Agotado y doliente.
Hoy se le recuerda
Como a ese hombre

Bueno y salvador;
Por lo menos de cuarenta gentes.

MARIMANTA

Por una calleja del pueblo,
En donde no transitaba nadie,
Se aparecía un fantasma
Con una sábana en la cabeza
Que le caía por todo el cuerpo.
Así una noche y otra noche,
Por aquella calleja desierta;
Así cada noche seguida
Salía ese espectro;
Haciendo que huyeran
De allí todo el pueblo.
¿Qué había de aquel fantasma?,
variopinto en su espectro;
pues hasta de zapatos costaba
su vestidura por dentro.
Se le observaba unos pantalones
De pana y como puercos,
Con barro en todos ellos.
¿Qué había de aquel fantasma?,
si parecía un hombre
el que llevaba eso
en la cabeza puesto;
una sábana blanca
haciendo infinidad de gestos

para ahuyentar a las personas
que hubiesen por allí cerca.

Una noche los mozos
Se reunieron todos ellos,
Para poder descifrar
El enigma del portento.
Como les hizo frente
El fantasma a todos ellos,
Salieron a palos molidos
Con la persona que iba dentro

Metido en la sábana
Y con ello descubriendo
Que el fantasma era un hombre
Ocultando su personalidad
Para asistir a una cita
Con una dama, ni hablar
Que se dijese por todo el pueblo
De quien se trataba, ni hablar.

Pero al correr el tiempo
Se supo quien era
Ese hombre amoroso
Y esa dama consentida.
Se supo porque se liaron,
Los dos hombres a mamporros

Un día cerca la plaza
Al encontrarse de frente:
Se supo y no se hable más
Del asunto que nos atañe
Por respeto a su intimidad.

EL NOVIO

Una pareja existía
En un barrio cualquiera;
Se querían, se querían,
Como nadie se querían:
Viéndose el amado.
Un día bien soleado
Un mozo llegó a la novia
Con intenciones perversas,
Conquistándola a la chica
Para alejarla del novio.
La chica se ilusionó del chico
Dejando a su novio,
Y el novio languidecía,
Agonizaba y se moría
Poco a poco desesperado.
El novio caía enfermo;
Primero del hígado,
Para después, primero,
Sentirse moribundo
Sin la chica a su lado.
El novio bien la quería,
Que aquel chico fue una apuesta
Que hizo con otros chicos
En un momento de alarde.
La chica no le quería
A ese chico como a su novio;
Pero solamente le tía

Una gran estima por algo;
Por la boca que tenía
Con palabras el solo.
No conseguía olvidarle,
Esa chica a su novio
Ya que era a quien quería;
Pero tampoco podía
Al chico abandonarle,
Ya que el chico la decía
Con palabras de su agrado,
Algo que en sí la embaucaba
Con aquellas bellas frases.
Hasta que un buen día
Un emisario llegó
Diciéndola: Está en agonía
Tu novio del corazón.
Corrió la novia a verle:
Postrado en su cama estaba,
Solo sin nadie presente
Ese hombre desolado.
En aquel sanatorio estaba;
Solo y sin remisión.
Se arrodilló la chica,
Esa novia que quería
A su novio por favor;
Se arrodilló en su cama
Al lado de ese lecho
Donde el ya se moría
Pidiéndole perdón.
El novio se puso bueno;

La perdonó ante todo,
La novia bien comprendió
El mal que hizo al novio
Abrazándole sin temor.

EL VALIENTE

Todos miraban como ardía
 Aquella casa en llama;
 Pero allí siempre había
 Un hombre con valentía.
Se metió adentro entre las llamas
 Ese hombre con su valentía,
Sacando a un niño de pañales;
 Para volver a meterse
 En la casa con su fuego.
Sacó enseguida al abuelo,
 Pero le faltaron las fuerzas
Yéndose a sentar en la acera
 Retirado y contento
Por haber salvado a los dos:
 Abuelo y nieto en medio
 De esas llamas alrededor.
 Otro vívale lo vio
Poniéndose cerca la puerta;
Hacia como si hubiese sido el
 Ese hombre salvador.
Las gentes al verle cerca
 De la puerta en llamas,

Todos le acogieron
Como salvador de los dos:
Abuelo y nieto contentos.
El verdadero valiente
Sin honores se quedó;
Llevándose los el impostor
Que al juego se prestó.
En todo el pueblo corría
La fama de ese hombre,
Siendo el impostor;
Pero a él no le importaba
Para nada, ¡no señor!,
Que no hubiese sido el
Ese hombre salvador.
Corría el tiempo, corría;
Corría a su alrededor,
Como flecha lanzada
En medio de su temor
Y su pesar se cumplió,
Pues una mujer sabía
Lo que había pasado allí,
Ya que fue testigo ocular
De la verdad, que sí.
No pudo más la mujer
Y a todo el mundo
Hizo ella saber
Quién fue el salvador;
Ya que el otro hombre se congratulaba
De las alabanzas del pueblo,
Y el pueblo no sabía

Que había sido otro el valiente
 Hasta que la mujer habló.
 Honores y galardones
 Fueron puestos al momento
 En la persona querida,
 Como era ese hombre;
 Salvador de ese día.

GARBANCITO

Pachín, pachán, pachón,
 Mucho cuidado con lo que hacéis;
 Pachín, pachán, pachón,
 A garbancito no piséis.
 Así hablaba un hombre
 Mientras iba por la calle;
 Más pequeño que un garbanzo,
 En la calle el andando.
 Si se metía por el campo
 No se le veía al pobre;
 De lo pequeño que era
 Tenía el un mote.
 Garbancito le llamaban
 Sin alarde ni quimera,
 Garbancito por las buenas;
 Siendo su talla pequeña,
 Tan pequeña, tan pequeña
 Que cuando llovía se tapaba
 Con la hoja de una col,

Queriéndosele comer los caracoles

Que por el terreno su baba

Echaban en aquellas flores .

Oyó un día un ruido

De vaca pastando en el campo,

Metiéndose en un hormiguero;

Pero las hormigas le hostigaban

Para que se saliese del agujero.

Unas llegaban y otras iban

De su vera marchitas,

Sin conseguir ahuyentarlo

De aquel hormiguero;

Hasta que por fin la vaca

Se fue a otro lugar

Más lejano, por supuesto.

Pero a poco llegó,

Llegó allí un perro

Tufando y oliendo

Todo aquel contorno

Donde estaba el interfecto.

Salió corriendo, corriendo

Y en una piedra enorme

Tuvo allí su escudero,

Rebramando de aquel miedo.

¡Por Dios!; no podía salir

al campo solo entiendo,

que las acechanzas eran dobles

que en su pueblo, su pueblo

que a penas le veían las gentes,

pero por menos le veíamos.

No calculó el pobre
De nuestro buen Garbancito;
Pues tanto había llovido
Que aquel hilito de agua
Corriendo se le hizo enorme,
Más grande que un río
Con corriente desesperada.
Detrás de una hierba altiva
Esperó a que descampara
Para poder pasar el lugar
Sin penas y sin acechanzas.
¡AH!; el pero, el perro
que por aquella parte pasaba;
era peludo el perro,
churro y de buena fama
que por poco se encaramó
a sus traseras patas.
Y allí agarrado a los pelos,
El perro le trasportaba
Sin darse cuenta el animal
Que a Garbancito, el, llevaba.
El perro, el perro corría
Hacia su querido pueblo,
Sin saber el lo que hacía;
Pues estaba llevando el cuerpo
De nuestro buen Garbancito
A ese querido pueblo.
En las primeras calles`
Pegó un salto garbancito
Para dirigirse solo

A su casa muy bonita.
Así logró, el, llegar
A su hogar querido del Alma;
Así descansó por estar
En su querida casa.

LOS RISCOS

Los ricos en la sierra
Forman el eco;
Retumba la voz
En todos ellos.
Una niña se perdió
En la sierra a deshora
Y cuando la llamaban a ella
El eco retumbaba
En los riscos de las rocas.
La niña que oía
Que la voz venía de allí;
Cada vez ella subía
Cuando la llamaban ahí.
Subía y subía
Cada vez más;
Cada vez que La oía
A esa voz llamándola,
Que de los riscos salía.
El eco hacía la forma,
Las rocas el resto hacían;
Y la niña mientras tanto

A los riscos se subía.
Creía fuese la voz
Que de los riscos salía;
Estuviese allí
La persona que pretendía
Saber donde estaba
Esa niña ya marchita.
Marchita por no saber
Salir de aquella sierra,
Sola donde estaba
Sin fuerzas,
Para andar
Y librarse de los cuervos
Que estaban cerca de ella.
Los ojos la querían sacar
Esos cuervos muy negros;
Los ojos la querían sacar
Para comérselos ellos.
Así pasó un día,
Otro día y otro día;
Pasó infinidad de días
Sin que la niña pudiese
Moverse por ella sola.
Hasta que un buen día
Abrió los ojos y vio,
Vio ella a su perrita
Que estaba cerca de ella
Asustando a los cuervos
Con sus ladridos, de por vida.
Gracias aquella perrita

Los cuervos no la hicieron nada

A la bella de la niña;

Pues estaba sola y aterida.

Gracias a los ladridos

De aquella sabia perrita

Las gentes que la buscaban

Dieron con aquella niña.

La cogieron y la cuidaban

Como paño en oro lo hacían;

La cogieron y la cuidaban,

La cuidaban a esa niña

Todas las gentes del pueblo

Como en sí se cuida

Una flor bella y hermosa

Que se haya cogido del rosal

Poniéndola en un pedestal.

Esa niña no olvidó

Nunca aquellos días,

Que sola ella pasó

En los riscos de la sierra,

Sola y desvaída.

LA PIÑATA

Había una fiesta de niño

En una casa cualquiera;

Había una fiesta de niños

Con alegría sincera.

Guirnaldas y farolillos

Adornaban esa fiesta,
También había, había
Una gran piñata;
Puesta para que los niños
Con un palo, a ella, la abrieran.
No conseguían abrirla
Ningún niño a ella,
Hasta que se le vio a un niño
Aproximarse con Estrella;
Con un buen hado tenía
Ese niño en la cabeza
Y hasta parecía relucía
Pareciendo que la diera
A la piñata en el medio,
En medio de ella se abría.
De repente se vio salir,
De esa piñata hermosa,
Un ave no material
Y con ella infinidad de formas;
Así como con muchos colores
Que al Cielo surcaba en fiesta.
Caramelos de la piñata
Al suelo, ellos, cayeron;
Fueron a cogerlos los niños,
Sin poder ellos cogerlos:
Pues no eran materiales
Esos lindos caramelos.
Arcos Iris en el Cielo,
Se vio salir de repente
En sus cabezas poniendo

Luces de mil colores
Que iluminaban el suelo.
Los niños se vieron felices,
Transportándose a las alturas
Todos ellos, todos ellos
Al ver bonitos regalos
Que de los Cielos cayeron.
Los niños, siempre los niños
Imaginación han puesto
Al ver caer tantos regalos
De la piñata del centro.
Los niños, siempre los niños
Serán siempre ellos;
Con sus juegos de colores
Y sus risas por supuesto
De ser angelitos todos ellos.
Refrescos de todas clases
Están ellos bebiendo,
En esa casa misteriosa
Donde pasan esos hechos;
Que a medio los comprenden
Sin agotar el evento,
De que se vaya a terminar
Ese día de placeres,
De alegría y de juegos.

LA CUCAÑA

En la plaza siempre erguido,

Ese palo largo y fino
Donde en sí los muchachos
Se encaraman a su cúpula
Para coger los regalos
O por lo menos se quieren
Encaramar todos ellos;
Que a ese palo le dan
En todo su contorno,
No pudiéndose subir
Los muchachos en lo alto.
Unos a medio palo,
Otros a palo y medio;
Pero al final se caen,
Se caen todos ellos.
Menos uno, que ha subido
A lo alto de ese palo,
Cogiendo el los regalos.
Le faltaba bien poco
Para subir a lo alto
Del palo, cumbrera en mano;
Cuando ese muchacho veía
Fuegos artificiales,
El con deseos los veía.
Veía a las gentes abajo
Como más pequeñas las veía;
Sin intimidar a la suerte,
Pues la suerte le decía:
Que estaba con el completa;
Un esfuerzo más
Y lograría

A lo alto de ese palo,
A lo alto subiría
Ganado a los demás
Muchacho que lo han intentado.
Su orgullo se hizo fiero
Cuando en las manos tenía
Los regalos que ha ganado
Al subir a ese palo.
¿Qué hacía, qué hacía?
estando el encima,
encima de ese palo:
¿Si bajar o no bajar?,
por lo menos lo pensaría.
Sentía un ardor en su pecho,
Sentía, el sentía
Que había logrado hacerlo;
Llegar hasta los regalos
Con un pequeño esfuerzo.
Su Alma, en sí se sentía,
Se sentía agasajado
Por esos regalos ganados
Con sudores de por vida.
Pero el, en sí, todavía
Estaba firme en lo alto
De ese palo que subía
No queriendo bajarlo.
Se sentía, se sentía,
Un completo hombrecito
Por haber el ganado
A los muchachos con tino,

Con impulso y decoro
Al subir el a lo alto;
A lo alto de ese palo.

EL NIÑO DE LA BOLA

Un labriego estaba arando,
Araba el sus tierras
Contento como ninguno
Al pensar en la cebada
Y en el trigo que cogiese.
Ese hombre presentía
Ese día algún hecho;
Ese hombre, el, veía
Que el Sol con más fuerza
Ese día alumbraba.
Una brisa que le vino
De aire fresco,
Muy fresco,
Le anunciaba, le anunciaba,
Le anunciaba algo nuevo;
Como que le iría a pasar
En ese lugar un prodigio,
Bello cuan intelecto.
La brisa le trajo olores
A albahaca y nardos,
La brisa le besaba la frente
Con un especial agrado,
Que el en sí no sabía

Qué era lo que estaba pasando.

Cuando se disponía

A dejar su labor contento

Vio llegar a un niño

Con una bola en la mano.

Preguntábale al niño

Por su significado,

De aquella bola pequeña.

- . Esa bola tiene un hado.

Así decía el hombre,

Nuestro buen labriego;

Que aparejando a la bestia

Intentó marchar al pueblo

Para descansar en su casa.

Tuvo pena de aquel niño

Montándole encima del burro

Y a pronto el burro no podía

Con aquel niño pequeño.

Quiso pasar el vado

Aquel hombre con el asno;

Pero aquel burro no podía

Sostenerse con sus patas.

Veía que se le caía

El burro en aquel vado;

Veía que no podía dar ningún paso

Esa caballería, que el en sí la veía

Cada vez con menos agrado.

Miró al niño a las manos;

Pues aquella bola se hacía
Cada vez mayor por algo.
El con recelo le preguntó
Al niño por aquella bola
Y el niño bien contestó.

- Lleva el burro el Mundo encima.

El labriego se arrodilló
Con una buena letanía:

- . Jesusito de mi amor
te doy mi corazón:
te quiero y te venero
más que a nadie en la vida.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Dentro de la norma de mi poesía, con un cierto grado de ritmo poético hasta llegar a un ritmo musical bastante definido; me he adentrado por un camino, que aunque parezca diferente lo considero por igual que todos los que he seguido hasta ahora.

Solamente he cambiado la manera de redactar y poetizar algunos hechos de la vida, más o menos con la suficiente capacidad imaginativa, como para exponer unos cuentos dentro del parámetro con el que he llevado, hasta ahora, mis escritos. Teniendo cuidado en no variar el concepto, ni la línea que he llevado siempre, como digo, en mis escritos.

Si nos ajustamos a la Literatura, a la manera de redactar; verán ustedes que todos los versos empiezan con mayúscula: Consecuencia de la informática, que hasta no se retoque la corrección de la confección literaria no se podrá ajustar a unas reglas definidas, dentro de la Gramática lingüística; ya que después de punto y a parte o punto y seguido, así como dos puntos; solamente se escribe con mayúscula, como al principio de escritos. Se ha dejado pasar tal diferenciación en la escritura, hasta que se corrija tales fallos.